

La Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año XXVI

← BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1907 →

Núm. 1.351



COQUETERÍA, cuadro de A. Dall'Oca Bianca

(Séptima Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Mi otro yo. Cuento*, por Miguel Serra. — *Brujas. La exposición del Toisón de Oro. Canet de Mar (Barcelona). La coronación de la Virgen de la Misericordia. El teatro de Tüsculo. Barcelona. La nueva escuela para ciegos y sordo-mudos. Nuestros grabados artísticos. La reina del prado, novela ilustrada (continuación). Las arañas cautivas*, por E. Hill.

Grabados.— *Coquetaría*, por A. Dall'Oca Bianca. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *Mi otro yo*. — *Isabel de Francia, esposa de Felipe II*, retrato pintado por A. Moro. — *La Anunciación*, cuadro de Juan Van Eyck. — *Retrato de un joven. Dos cabezas de viejo*, pinturas de Holbein. — *La Virgen y el niño*, cuadro de J. Gossaert. — *La Virgen y el Niño, entre Sta. Catalina y Sta. Bárbara*, cuadro de J. David. — *Guillermo de Croy. Cristián II de Dinamarca*, obra de L. Cranach. — *Corona para la Virgen de la Misericordia de Canet de Mar (Barcelona). Fiestas de la coronación de la Virgen de la Misericordia. El teatro de Tüsculo. Santa Cecilia*, cuadro de Mme. Trante Thomine. — *Juventud*, cuadro de Carlos Lotz. — *Barcelona. Colocación de la primera piedra de la escuela de ciegos y sordo-mudos. El infante don Carlos de Borbón y su esposa la princesa de Orleans. Las arañas cautivas. San Luis (Estados Unidos). Primera carrera de globos dirigibles.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se me ocurre preguntar a los lectores si son aficionados al *bridge*?

Este juego, muy de moda el pasado invierno, va a caer un poco, así me lo figuro, de su pedestal; ya lo ha aprendido bastante gente, y cuando una cosa cualquiera se vulgariza, pierde el sello de buen tono; es infalible. Así que una hechura ó un adorno los ostentan ufanas las niñas del pinar de las de Gómez, se desdennan de lucirlos las dictadoras del gusto. El *bridge*, emburguesado en las reuniones «de confianza», ya perdió aquel sello que tenía al ser importado del extranjero.

A decir verdad, el *bridge*, que hemos tenido que pasar como se pasa el sarampión y el trancazo, es un juego insociable, enemigo de la conversación, y que exige de los *partners* mucho de esa atención profunda concentrada en la nimiedad, que caracteriza a los insignes jugadores de ajedrez. En el *bridge* no cabe distraerse, y el cuarto jugador, que hace el papel de *muerto*, aunque no necesita jugar, está obligado a la misma inmovilidad, al mismo silencio que guardan los otros tres, y que sólo interrumpen las frases sacramentales:—Peux jouer?—Pique, tréfle, coeur, carreau...—Contre.—Sur contre.—Nuestra la leveé.—Cinco honores.—Hemos ganado esta manga...

Si un incauto se acerca a los jugadores, ó creyendo llenar un deber de cortesía al saludarles, ó para observar las peripecias del juego, suele ser recibido como perro en partida de bolos. Apenas se contesta a su cordialidad, y se le arroja una mirada distraída, y más que distraída, glacial, de despiden huéspedes. Mientras las mesas de tresillo las veréis siempre rodeadas de consejeros, consultores y mirones, las del *bridge* permanecen aisladas, en el ángulo del gabinete más libre de profanos é intrusos, y a veces os parecen autómatas los cuatro señores que se enfrascan en el juego. Y es que el tresillo, mucho más variado y animado que el *bridge*, permite cierta picante libertad, y fomenta, entre jugada y jugada, la charla alegre, el noticierismo y gaceta del día, siendo el juego únicamente el cañamazo ó trama para bordar la comunicación grata entre cuatro amigos, ó por lo menos entre cuatro conocidos que hallan gusto y complacencia en conversar.—En el *bridge* dijérase que son realmente adversarios los compañeros de mesa; dijérase que les anima, a los unos contra los otros, un verdadero rencor, un verdadero instinto de hostilidad.—En el tresillo hay una especie de *argot* ó jerga de jugadores, que se esmalta de dichos oportunos, de ocurrencias á veces felices, de ironías graciosas, de observaciones técnicas. En el *bridge*, las palabras caen como garbanzos duros en una fuente: con sonido seco, dominador. Es un juego de altanería, de egoísmo y de cálculo.

El ajedrez, que conserva su tradicional crédito y para el cual la moda no tiene caprichos, ofrece la singularidad de que lo juega mejor un mecanismo que un hombre. He oído decir que para ser gran jugador de ajedrez hace falta saber muchas matemáticas. Ignoro si es cierto. Lo que puedo afirmar (y por cierto que en ocasiones esta afirmación me ha valido sonrisas de escepticismo, como si yo fuese algún Manolito Gázquez ó un tomo del *Embustero Universal*), es que he visto, en el teatro Robert Houdin de París, jugar el ajedrez a un autómata, ofreciéndose fuerte prima á quien lo derrotase. El autómata vestía de mandarín chino, y su ropón de seda, á flores extravagantes, caía en pliegues rígidos hasta sus pies calzados de fieltro. En su cabeza, un sombrero con campanillas de plata, que producían armonioso tintineo á cada movimiento del moharracho. Adelantaba su peón, su alfil, su rey ó su torre, sin vacilación, con ademán exacto; y ganaba siempre, fuese quien fuese

su adversario. Cualquier espectador compraba, con la entrada, el derecho de batirse con el androide, pero no se había dado caso de que éste quedase vencido.

No habiendo dedicado á este curioso juguete más tiempo ni más atención del que suele concederse á una rareza que se ve durante un viaje, no conozco la explicación que se le da, ni si se le da alguna. Probablemente se trata de la cosa más sencilla; de algo en cuyo secreto están todos los que entran en el teatro. En todo tiempo se ha hablado de autómatas y de muñecos mecánicos. Las dos figuritas de oro representando muchachas, construídas por Vulcano y que sostenían al dios cojo en su marcha difícil, salen á relucir en la *Odisea*. En la Edad Media, Alberto Magno y Rogerio Bacon construyen autómatas. Toledo guarda la memoria del *hombre de palo*, y Yuste, de los pajarillos mecánicos que volaban y gorjeaban para distraer al César gotoso y triste. En el *Quijote* ocupa lugar la aventura de la cabeza encantada, y Vaucanson debe su renombre á sus tres célebres autómatas, el flautista, el tamborilero y el pato. Pájaros cantores se pueden comprar en Suiza, algo caros, pero sin que constituyan una rareza: gorjean, redoblan, trinan, abren y cierran las alas, saltan de rama en rama y hacen otras mil lindezas.

En cuanto al autómata jugador que he visto en el teatrillo de prestidigitación, ilusionismo y cartomancia del bulevar parisiense, aunque la ilusión era perfecta, claro es que debe de existir una explicación del fenómeno, y que acaso sea un pseudo-autómata, como su célebre antecesor, el que ideó un barón húngaro allá por los últimos años del siglo XVIII. ¿O quién sabe si es aquel mismo, remozado, recompuesto, corregido y aumentado por medio de los progresos de la física y la mecánica en nuestros tiempos actuales? Aun siendo un pseudo autómata, el enredo ó superchería tendría mucho de sorprendente. En efecto, al público le invitan á que se cerciore de que ni dentro del muñeco, ni en la silla donde se sienta y la mesa donde juega, cabe que se oculte un hombre. Abren el ropón de seda oriental, y lo único que se ve dentro de él es un complicado mecanismo de ruedas y resortes; por debajo del sillón circula el aire; por debajo de la mesa, lo mismo. ¿Dónde se oculta el jugador que metiendo sus brazos y sus dedos en los dedos y brazos del muñeco, les imprime movimiento? ¿Cómo se explica que juegue tan rápidamente, sin tomarse casi tiempo de pensar la jugada? ¿Cómo se comprende que siempre gane?

La historia del proscrito sin piernas, al cual sirvió de asilo y de medio para asegurar su fuga el autómata del siglo XVIII; la maestría suprema al ajedrez de este proscrito, tienen mucho de novelesco y fantástico. Yo confieso que se me hacen difíciles de creer. ¡Son tantos y tales los inconvenientes que ofrecería este engaño, y por tantos modos y circunstancias podría descubrirse! Al mismo tiempo, necesariamente ha de existir trampa é ilusión en el androide; de otro modo, debiéramos proclamar á su autor rival de Bacon y de Alberto el Grande, y hasta tenerle por brujo como al famoso marqués.

A principio de invierno, con los primeros fríos, llegan siempre malas noticias. Hay una racha parecida á lo que es en la Naturaleza la caída de las hojas. Muere gente conocida—se oye repetir,—como si el hecho de que la gente conocida muera, tuviese más importancia y significación que la muerte de los que nadie conoce—ó como si ese viento frío de ultratumba eligiese las hojas más visibles de los árboles, para arrancarlas y confundirlas en su clásico remolino...

La noticia de la muerte de Emilio Ferrari inaugura la serie invernal. Creíamos sus amigos que se había salvado de la terrible enfermedad que padeció hará tres ó cuatro años, y que los médicos no pudieron diagnosticar bien. Tan pronto parecía una afección nerviosa, como un extraño y no explicado envenenamiento de la sangre. Los síntomas eran caprichosos, varios, crueles; el sufrimiento, indescriptible. Hubo período en que su boca se llenó de una especie de negras telarañas, que le impedían hablar y comer. Entre tanto que esto sucedía, algunos del oficio le envidiaban, porque era académico de la Española.

Que moriría de aquel mal, era cosa descontada; nadie creía que se salvase, y únicamente se aspiraba á que disminuyesen sus dolores y torturas. Cuando menos se pensaba, el mal cedió. Desaparecieron los síntomas horribles, y un poco de bienestar físico sonrió al desgraciado poeta. Pudo ver á la gente, hablarla, salir, entrar, hacer una vida casi normal; pudo escribir un discurso de recepción en la Academia, excelente trozo de prosa castiza, en el cual las ideas estéticas se resienten de la inevitable melancolía, del pesimismo doliente y lamentador y añorador del tiempo que pasó, que engendran estados físicos semejantes al del poeta valisoletano. Los amigos creíamos libre ya á Ferrari del peligro inminente; contá-

bamos con él, le veíamos á menudo, nos alegrábamos al observar que recobraba fuerzas, y nos las prometíamos felices. En efecto, enfermedad donde intervienen como factor esencial los nervios deja abierta la puerta á la esperanza ilimitada. Sin embargo, ya en el invierno anterior hubo días en que decayó el enfermo, sin saberse por qué. Y ahora, el telégrafo nos comunica su fallecimiento, después de un ataque—no sabemos de qué género—que duró tres días.

Si el padecimiento del ilustre poeta hubiese recaído en un bohemio desordenado, del antiguo patrón romántico, lleno de vicios y enredado en aventuras, diríamos—repetiendo los lugares comunes que se oyen por ahí como evangelios chinos—que su vida borrascosa tuvo digno remate con tan rara y atroz enfermedad. Por desgracia, en el mundo los hechos no se encadenan de un modo tan ejemplar y docente; las moralejas de la vida real no son tan claras y categóricas. Conozco bohemios incorregibles que llegaron á viejos más duros que una piedra y más frescos que lechugas. Y conozco honrados burgueses, padres de familia, establecidos y con cédula de segunda, que mueren prematuramente cargados de alifafes. Todo es ironía en este planeta; los sucesos hacen muecas y sacuden cascabeles bufonescos. Además, cuando hablamos de la vida «que lleva» Fulano ó Mengano, nos referimos á la exterior, á la corteza superficial del vivir; y no tenemos datos sobre la interior, la que «le lleva» á él; la que, escondidamente, le teje sus bienes y sus daños.

Ferrari, en un hogar dichoso, apartado de luchas encarnizadas por la existencia, rodeado de cariño y consideración que merecía por las prendas del carácter y las dotes del entendimiento, «llevaba» un vivir grato, sereno; y su enfermedad fué de atormentado, de un Gerardo de Nerval ó un Alfredo de Musset. ¿Qué sabemos lo que en su cerebro y en su corazón se agitaba? ¿Conoce nadie los senos y repliegues de una psicología de intelectual? La tristeza es inmanente en lo mejor, lo más escogido de la especie humana; y no necesita, para urdir su trama oscura, ni motivos positivos, ni causas razonables. Lo que para un hombre es rasguño, para otro es herida; lo que cae en un espíritu sin alzar polvareda, en otro levanta un torbellino ingente.

Busco en el pasado de Ferrari—á quien conozco desde hace muchos años—qué pudo dar origen á su preocupación, y sólo encuentro una sañuda persecución crítica, perpetrada por un escritor que ponía en ese género de *sport* la porfía del maniático y el ahinco del perro cazador de negros cimarrones en los manglares de Cuba. Es cosa curiosa esto de que un caballero particular, con quien ayer nadie se metía, de repente y por el hecho de haber leído en público unos versos que agradaron infinito y se aplaudieron á rabiar, se convierta, para otro señor que escribe en los periódicos, en ser vitando, reo de excomunión, al cual hay, no solamente que negar el agua y el fuego, sino que apedrear, escarnecer y maldecir unos cuantos días por semana. Este fué el caso de Ferrari, que expió su triunfo en el Ateneo con cientos de furibundos paliques, donde se demostraba ce por be que era un acéfalo insipiente y un chirle, ebene y sacaplatos de la literatura.—El mejor soneto de Ferrari, y uno de los mejores sonetos psicológicos de la lengua castellana, es el que escribió en desdén de esta campaña, no sólo injusta, sino posma en extremo, porque la atención del crítico digno de este nombre debe estar vigilante á todas partes, y no concentrada con saña pasional en un objeto solo, lo cual parece característico del odio y de la venganza, idénticos al amor en figurarse que la manifestación de los sentimientos de cada uno pueden interesar, atraer y distraer al resto de los mortales.

Y acaso los nervios de Ferrari se resintieron. No lo sé; jamás me lo dijo; lo indico como una suposición. Ese tinglado de los nervios debe de ser delicadísimo, fácil de desbaratar, y á veces se desbaratará por mucho menos. La gente desgrana la sarta de sus consejos prácticos: «No hacer caso..., reirse..., despreciar...» El que puede seguir tales máximas, es que no las necesita; es que lleva en sí mismo el broquel, la coraza. Cada persona siente de un modo peculiar suyo, y esto no hay sabio consejo que lo remedie. El mal viene de lo interior, y del bien, puede decirse otro tanto. Temamos siempre causar un estrago quizás desproporcionado al golpe que nuestra mano descargamos. Cuidemos de no golpear, porque al golpear pudiéramos herir, y al herir pudiéramos matar...

Para el puesto vacante en la Academia de la Lengua he oído pronunciar el nombre del marqués de Cerralbo y el del poeta lemosín Teodoro Llorente. Es cierto que éste reside en Valencia; pero el novelista Pereda residía en Santander, y no fué impedimento.

EMILIA PARDO BAZÁN.

MI OTRO YO, CUENTO ORIGINAL DE MIGUEL SAWH



Mi mujer no estaba sola. Con ella había un hombre

Dicen que la Naturaleza no se repite jamás, no da á la vida dos seres iguales, que todos los hombres son distintos entre sí. ¡No crea usted semejante absurdo!

Yo no soy un tipo vulgar, yo no soy un cualquiera, yo tengo personalidad propia, y sin embargo...

Tal como soy físicamente, tal como soy en conjunto y en detalle, ha habido un hombre en el mundo. Dijérase *otro yo*. Una gota de agua y otra gota de agua. Quien le viera y me viera tenía derecho á dudar de mi madre.

Míreme usted bien, fijamente, atentamente... ¿Ve usted estos ojillos azules, de párpados abombados y mirar centelleante? ¿Ve usted esta gran nariz de loro, corva y puntiaguda, atrevidamente inclinada hacia la izquierda? ¿Ve usted este pelo rojo, y esta barba rala, y esta tez pecosa? Pues los mismos ojos y la misma nariz y el mismo pelo y la misma barba que yo tenía aquel dominio de hombre.

Pero hay más: le digo á usted que la identidad era completa. Fíjese usted en esta cicatriz que parte en dos mi frente. Pues otra de igual forma y tamaño y en igual sitio tenía aquel miserable.

Y cojeaba como yo del pie derecho, y le faltaba como á mí el dedo pulgar de la mano izquierda...

¡Otro yo, le digo á usted que otro yo!

¡Mi mismo modo de reír estridente, mi mismo modo de hablar gangoso, mi mismo modo de accionar violento, mis mismos gestos extravagantes!..

Y se llamaba como yo, Juan; y tenía el mismo apellido que yo, Expósito; y había nacido en el mismo día y el mismo mes y en el mismo año que yo, el 14 de octubre de 1864.

Él no tenía familia; yo tampoco. Éramos en todo iguales. Pero pensábamos y sentíamos de distinto modo. Él era... como era, y yo soy... como soy.

Ya le he dicho á usted: en lo físico, una gota de agua y otra gota de agua; en lo moral, él tenía su corazón y yo el mío.

Voy á contarle á usted cómo conocí á mi hombre. Hará del suceso unos cuatro años. Iba yo una noche, ya de retirada, camino de mi casa, y al doblar

la esquina de la calle de Peligros me di de maños á boca con él. «¡Animal!—¡Bárbaro!—¿Pero dónde lleva usted los ojos?» Y al levantar el bastón para agredir al insolente, quedé estupefacto. «¡Pero esa cara es la mía!—¡Pero usted es tan feo como yo!—¡Caballero!—¡Señor mío!—¡Debo advertirle á usted que sólo en Carnaval está permitido disfrazarse!—¡El que va disfrazado es usted!»

Y como la polémica se hacía interminable, le cogí violentamente de un brazo y le llevé arrastrando hasta el farol más próximo.

¡Quedé estupefacto! ¡Aquel hombre era *otro yo*; era *yo mismo*! «¡Pero esto no puede ser!—¡No, señor, no puede ser!—¡Debo estar loco!—¡Debo estar borracho!»

Decidimos, para aclarar la cuestión, entrar en el café de Fornos. Yo estaba resuelto á llevar á aquel farsante al Juzgado de guardia, si no me satisfacían sus explicaciones, por usurpación de personalidad.

A la octava copa de coñac, mi *otro yo* me contó su historia—una historia vulgar y triste, la eterna historia de Pedro, Juan, Francisco, etc.

La borrachera nos dió por reír. «¡Ja, ja! ¡Caso más gracioso!—¡Pero si somos absolutamente iguales!—¡Una broma de mamá Naturaleza!—¡Una broma de papá el Destino.»

De pronto mi *homogéneo* se tornó grave.

—Hermano, me dijo, tu vida y la mía son obra del Misterio. ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? Acaso una misma madre nos trajo al mundo, acaso somos fruto de un mismo vientre impuro. La Casualidad, gran auxiliar del Misterio, nos ha reunido. No nos separemos ya más. Yo seré si quieres, y aunque no quieras, de ahora en adelante, tu amigo, tu hermano... Yo no he amado á nadie... Necesito á alguien á quien querer... Toma mi mano... ¡Así! ¡Estréchamela con fuerza! ¿Amigos para siempre? ¡Hermano, hermano! ¡Que sea la Felicidad y no la Desgracia quien nos ha reunido esta noche!

¡Sí, hermano! ¡Valiente farsante! ¡Vaya un modo de entender la fraternidad que tenía aquel canalla!

Créame usted, caballero; desde la funesta noche en que conocí á ese hombre, yo no he vuelto á gozar un solo momento de tranquilidad.

Mi *otro yo* se vino á vivir conmigo, á mi casa, en mi compañía, como si efectivamente fuéramos hermanos. Y todo lo que era mío, todo lo que era de mi propiedad, pasó á ser suyo: mis muebles, mis libros, mis ropas, mis alhajas, mi dinero...

Y si hubiera sido eso solo! El miserable, usurpando mi personalidad, cometió toda clase de abusos y desmanes, poniéndome más de una vez en trance de ir á la cárcel acusado de estafa.

Y ahora permítame usted que le haga una declaración, una declaración importante. Aquí donde usted me ve, yo he sentido un gran horror hacia las mujeres. Siempre que he podido huir de ellas, he huído. Es un sistema que le recomiendo. Da muy buenos resultados.

¡Ay, amigo mío!, pero conocí á Regina—¡y esta vez sí que no pude huir!—y al conocer á Regina conocí al amor.

Nunca mujer alguna ha ejercido tan poderosa influencia sobre un hombre. Dejé de ser; mi cerebro y mi corazón fueron suyos; dejé de ser: yo no pensaba sino lo que ella, yo no sentía sino lo que ella... Uno de tantos casos de anulación por amor como se ven en la vida.

¡Y mi hermano se enamoró también de Regina! Era lo lógico, ¿verdad? ¿Todo lo mío no era suyo? ¡Pues entonces!..

Decidido á asesinarle le interrogué una noche. «¡Miserable! ¿Vas á robarme también el amor de esa mujer?» Mi *otro yo*, quizás por miedo, se arrojó á mis pies gimoteando. «Perdóname, hermano... Estaba loco, estoy loco... Ya veo que somos incompatibles. La fatalidad se ha empeñado en separarnos. Tú ó yo sobramos en el mundo.» (Suspiró, vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.) «Nada temas de mí—continué—sabré cumplir mi deber, sabré sacrificarme. ¡Regina! (y al pronunciar este nombre el mísero rompió á llorar desesperado.) ¡Tú no sabes lo que la amo!—¡No tanto como yo!, le repliqué furioso.—¡Calla! ¡Qué sabes tú de eso!, siguió el miserable.

¡Oh, esa mujer! (Dejó de hablar, ahogado por los sollozos.) ¡Esa mujer! ¡Yo no sé qué daría por poseerla! Pero no temas, hermano; sabré cumplir mi deber. Déjame que te abrace... ¡Ya no volveremos á vernos más en la vida! Me voy... para no volver. Perdóname todo el mal que te he hecho... Ya sé que he sido ingrato y desleal contigo. ¡Perdóname! ¡Otro abrazo! ¡Que la hagas feliz! ¡Adiós, hasta que nos volvamos á



Isabel de Francia, esposa de Felipe II, retrato pintado por Antonio Moro, propiedad de M. Spiridió, de París

ver en la otra vida si hay otra vida después de esta!» Me dejó abrazar sin contestarle palabra. «Dame tu revólver.» Se lo di. «¡Adiós, hermano!» Yo no le contesté. «¡Adiós para siempre!»

Con la fuga de mi *otro yo* volvió la tranquilidad á mi espíritu, y por espacio de algunos meses fui feliz en el amor de Regina. Y llegó al fin el día, ¡tan ansiado!, en que adquirí el derecho de que aquella mujer fuese mía.

Comprenda usted mi emoción al dirigirme á la alcoba, donde me esperaba la esposa de mi alma. ¡Oh, qué dulce embriaguez la de aquellos momentos!

Abrió temblando la puerta del santuario. «¡Regina, Regina!—grité sin gritar, —no te asustes, soy yo.» No me contestó. ¡La pobre debía estar tan emocionada!..

Dí luz. La alcoba se iluminó de repente. E imagínese usted mi asombro y mi indignación. Mi mujer no estaba sola. Con ella había un hombre. ¡Mi hermano! «Sí, soy yo—me dijo— que he usurpado una vez más tu personalidad y que acabo de matar á Regina para que no fuera de nadie más que de mí! ¡Mía!.. ¡Sólo mía!» Le cogí por el cuello. «¡Miserable!»

Después, después, no sé lo qué pasó.

Y aquí tiene usted que me han traído á este manicomio.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

BRUJAS

LA EXPOSICIÓN DEL TOISÓN DE ORO

Una de las secciones más importantes y de mayor interés de esa exposición que se ha celebrado durante



La Anunciación, cuadro de Juan Van Eyck, perteneciente al Museo del Ermitage de San Petersburgo

el último verano en Brujas y de la cual nos ocupamos en el número 1.334, ha sido la sección de pinturas. En ella han figurado obras de los más afamados maestros holandeses y borgoñones que estuvieron al servicio de los duques de Borgoña; esas obras, consistentes en retratos, cuadros religiosos y otros lienzos, todos ellos relacionados por sus asuntos con la orden del Toisón de Oro, fueron facilitadas por las



Retrato de un joven, pintado por Holbein, perteneciente al Museo del Ermitage de San Petersburgo

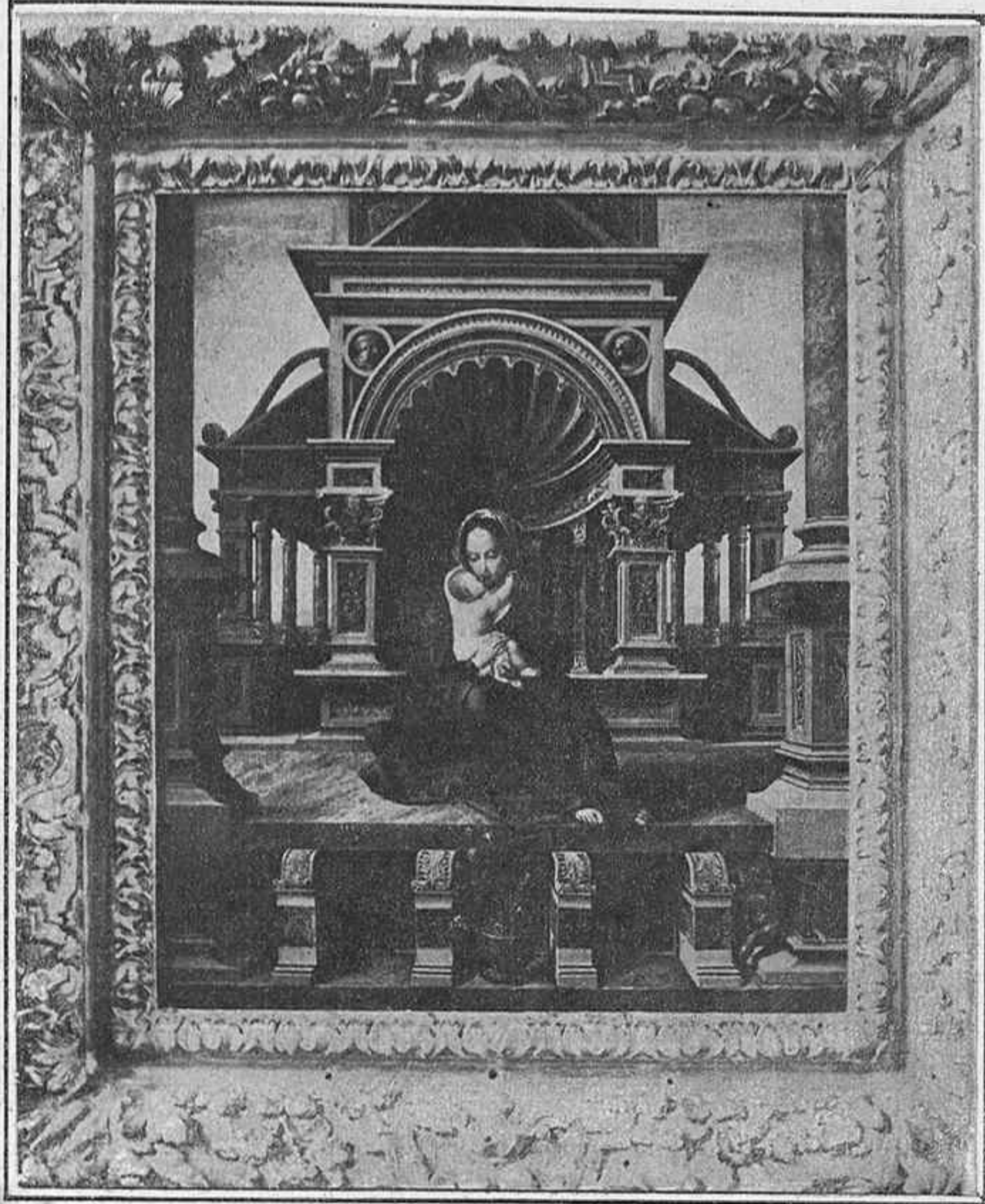
casas reales de España, Austria y Bélgica, por los museos más célebres del mundo y por algunos coleccionistas particulares.

Para comprender la importancia de aquella sección bastará fijarse en los cuadros que en esta y en la siguiente página reproducimos y en los nombres de los artistas que los pintaron: Antonio Moro, el pintor de cámara de Carlos I y Felipe II de España, á quien colmó de beneficios en Flandes el duque de Alba; Holbein, el célebre retratista, autor de los retratos de Tomás Moro, Cromwell é Isabel de Inglaterra; Juan Van Eyck, el más famoso de los pintores de la primitiva escuela flamenca, á quien se atribuye la invención de la pintura al óleo; Juan Gossaert, más conocido por el nombre de Mabuse, protegido de Enrique VIII de Inglaterra y de Felipe de Borgoña, obispo de Utrecht; Gerárdin David, el autor de la renombrada *Historia de un juez prevaricador*, esos dos magníficos lienzos que se conservan en Brujas; y Lucas Cranach, á quien un crítico ha denominado el Rafael de Alemania.

Otros nombres no menos ilustres en los anales del arte estuvieron representados en la grandiosa manifestación artística de Brujas, en la cual ha podido estudiarse de una manera completa uno de los períodos más interesantes de la historia de la pintura, al mismo tiempo que de la historia de la preciada orden que ha dado motivo á la exposición.—S.



Dos cabezas de viejo, pintura de Holbein, perteneciente al Museo de Douai



La Virgen y el Niño, cuadro de Juan Gossaert
(Museo del Prado, Madrid)



La Virgen y el Niño, entre Sta. Catalina y Sta. Bárbara,
cuadro de Gerardín David.



Guillermo de Croy, retrato de autor desconocido
(escuela brabantina)



Cristián II de Dinamarca, obra de Lucas Cranach
(Museo de Leipzig)

CANET DE MAR (BARCELONA)

LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA MISERICORDIA

En el santuario de la Misericordia de Canet de Mar, la pintoresca población de nuestra costa levantina, venérase con singular predilección una imagen de la Santísima Virgen, cuya coronación canónica ha sido autorizada por Su Santidad el papa Pío X.

Los canetenses han celebrado con este motivo solemnes fiestas, la principal de las cuales ha sido naturalmente la ceremonia de imponer la corona á la sagrada imagen, ceremonia que se efectuó el día 10 de los corrientes con gran pompa, y con asistencia del Ilmo. Dr. D. Francisco de Pol, obispo de la diócesis de Gerona á que aquella población pertenece; del general Aguilera, representante de la autoridad militar, y de varias representaciones de las autoridades de la provincia gerundense.

En la mañana del citado día, el Dr. Pol celebró de pontifical en la iglesia parroquial de Canet, en donde se hallaba depositada la imagen de la Virgen de la Misericordia, después de haber bendecido la corona y de haber jurado el Patronato del santuario, que ésta sería la que coronaría siempre la imagen milagrosa. Terminado el oficio, el Muy Ilre. Dr. Llor, vicario general de la diócesis, leyó desde el púlpito la Bula pontificia autorizando la bendición papal, que dió al pueblo el prelado.

Acto seguido y á los acordes de la marcha real, ejecutada por la charanga del batallón de cazadores de las Navas, procedióse á la solemne coronación, colocando el Dr. Pol con sus propias manos la corona sobre la cabeza de la imagen, al tiempo que el público que llenaba el templo prorrumplía en estusias aplausos y aclamaciones que duraron largo rato.

Terminado el acto, dirigióse la comitiva oficial á las Casas Consistoriales primero y después al edificio de las escuelas municipales, en donde el municipio de Canet obsequió á las autoridades y á los invitados con un espléndido banquete.

Por la tarde llegaron el general Sr. Alvarez de Sotomayor, el gobernador civil de Barcelona Sr. Ossorio y Gallardo, un representante de la Diputación provincial, alcaldes y comisiones de los pueblos próximos y delegaciones de varias asociaciones barcelonesas; y á las cuatro comenzó á salir del templo la solemne procesión para conducir la imagen á su santuario, situado en las afueras de la villa, llevando el pendón el general Sr. Alvarez de Sotomayor en representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII, y figurando en ella unas mil quinientas hachas. Detrás de la imagen, que llevaban en andas los hermanos Maristas, iban el prelado y el ayuntamiento de Canet presidido por el gobernador civil, el alcalde y un diputado provincial.

Al llegar la procesión al santuario, colocóse la imagen de la Virgen en su capilla y se cantó una Salve. Por la noche celebróse otro banquete en honor del general Sr. Alvarez de Sotomayor y del gobernador civil.

La corona es de estilo bizantino y en su confección han entrado brillantes, diamantes, esmeraldas, ama-

sienes de la imagen, que es de oro; en la parte inferior campean cuatro ángeles con las alas esmaltadas entre flores de lis y diamantes, y del círculo en que esta parte termina penden dos colgantes en cuyos extremos se ven los escudos de Cataluña y de Canet de Mar, formados por esmaltes finos y piedras preciosas. La parte superior está rematada por una cruz.

Esa magnífica corona, que el adjunto grabado reproduce y que es una hermosa obra de orfebrería, ha sido ejecutada en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras, de Barcelona, según el proyecto de D. Ricardo Cammany y Roura; á éste y á aquéllos honra sobre manera esa joya que, aparte de su gran valor real, es de gran mérito artístico.—T.

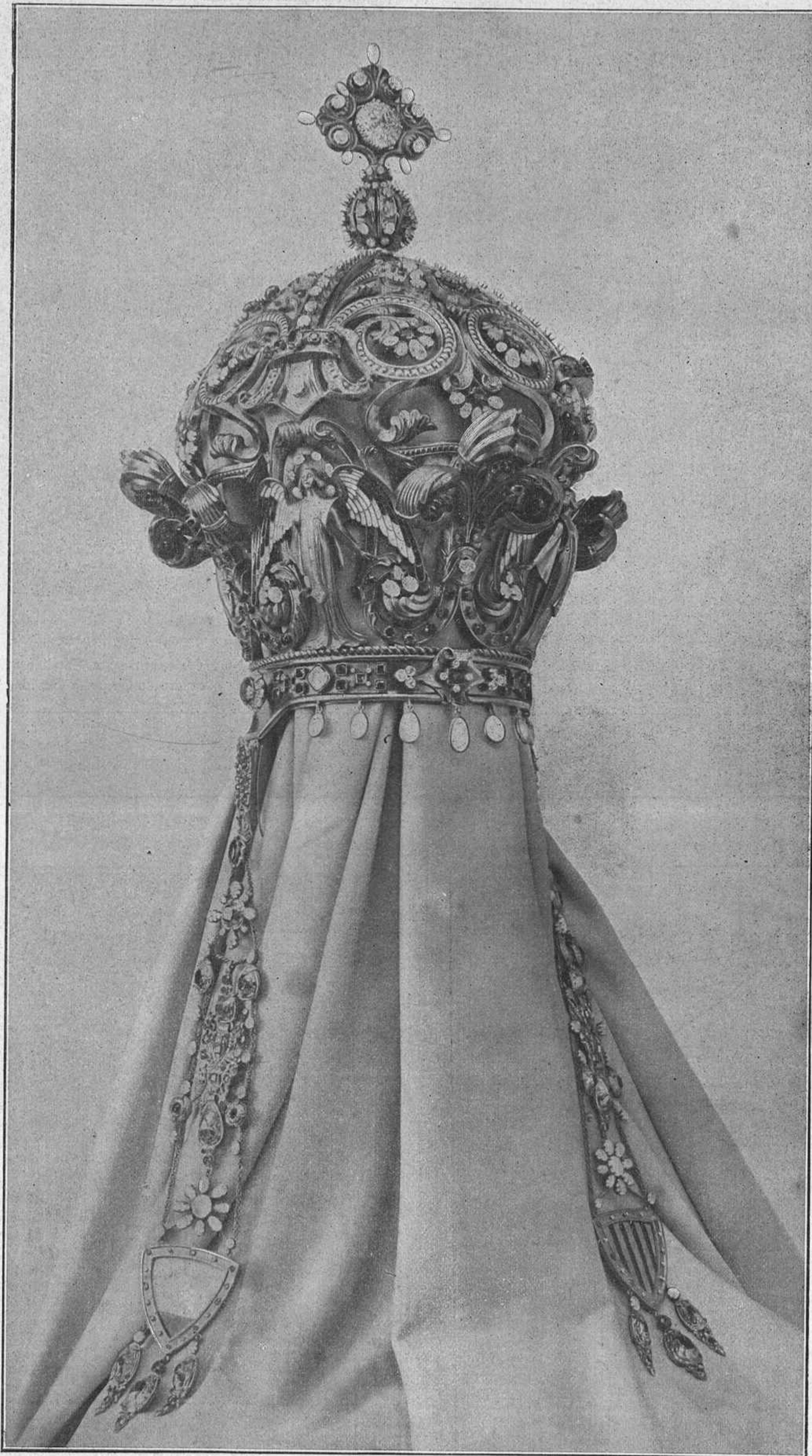
EL TEATRO DE TÚSCULO

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de los llamados teatros de la naturaleza y de los progresos que esta nueva manifestación del arte dramático realiza de día en día en distintos países. Ciertamente esa clase de representaciones no puede convenir á todos los géneros, pero no lo es menos que ciertas obras, especialmente las del antiguo teatro clásico, hallan en esos escenarios el ambiente más adecuado, pues con ellos á la grandiosidad de la concepción corresponde la grandiosidad del medio ambiente en que ésta se desarrolla. De aquí que muchos autores modernos, comprendiendo cuánto han de ganar sus representaciones efectuadas en tales teatros, los prefieran en algunos casos á las salas de espectáculos modernas, en donde impera el convencionalismo que no pocas veces perjudica considerablemente el efecto de la obra mejor concebida y debilita la intensidad de la emoción que el poeta se propone producir en el público.

Hasta ahora Francia marcha á la cabeza de ese movimiento, pero ya le siguen los pasos otras naciones, y ahora mismo en Italia va á hacerse el ensayo, el primero que allí se realiza, si no estamos equivocados, del teatro de la naturaleza. El eminente D'Annunzio ha terminado hace poco una tragedia, y para ponerla en escena ha escogido las ruinas del antiguo teatro de Túsculo, de la vieja ciudad que los romanos poblaron de quintas de recreo y en la cual Cicerón compuso las famosas *Tusculanas*.

El teatro, que fué descubierta en 1839, hállase situado á poco más de una hora de Frascati, la linda población levantada en el sitio que ocupó Túsculo y en la cual abundan las vi-

llas pintorescas rodeadas de bosques y jardines. Según puede verse en el grabado de la página siguiente, las ruinas que de ese teatro subsisten todavía hállanse en buen estado de conservación, y el sitio en donde el antiguo monumento se levantara tiene todo el carácter que á los lugares en donde existen imprimen los restos de pasadas civilizaciones, y



Corona para la Virgen de la Misericordia de Canet de Mar (Barcelona), cuya solemne coronación canónica se efectuó el día 10 de los corrientes. Obra ejecutada en los talleres de Hijos de Francisco de A. Carreras, según proyecto de D. Ricardo Cammany y Roura. (De fotografía.)

tistas, topacios, ópalos y jacintos en gran número, y además una porción de alhajas regaladas por varias señoras devotas y aplicadas sin desmontarlas con objeto de que conserven su primitiva forma; el número total de piedras pasa de mil y en su agrupación ha presidido el gusto más exquisito. La corona es de plata sobredorada, excepto el círculo que ciñe las



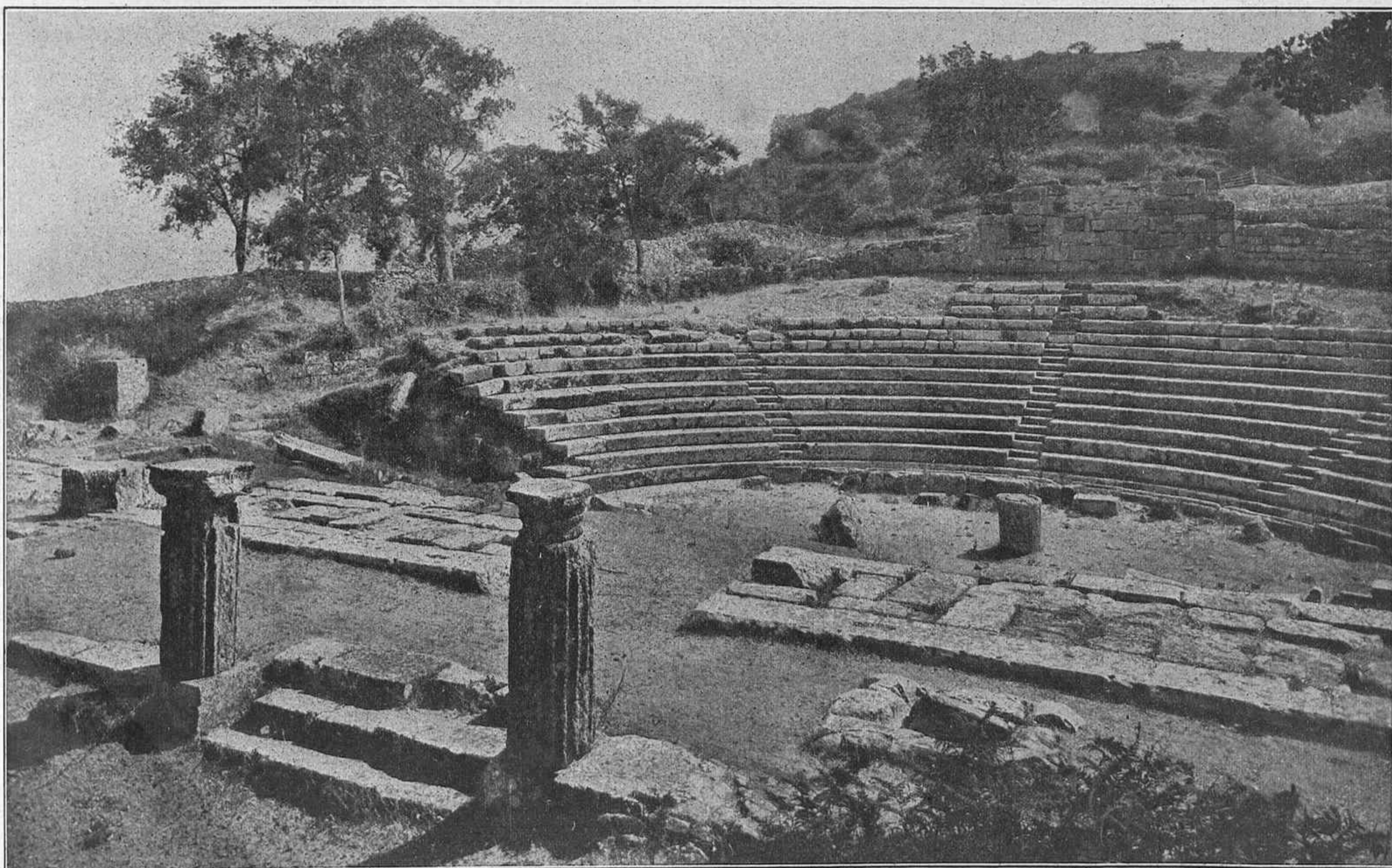
Canet de Mar (Barcelona).—Fiestas de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de la Misericordia. El obispo de Gerona Ilmo. Dr. D. Francisco de Pol y la comitiva oficial, saliendo del templo después de la ceremonia de la coronación. (De fotografía de A. Merletti.)

es, por consiguiente, perfectamente adecuado al objeto á que ahora se le destina.

Italia es indudablemente el país que se halla en mejores condiciones para esos teatros de la naturaleza, pues en ella los monumentos, las ruinas y los paisajes que en otras partes constituyen excepciones estimadas como veneradas reliquias, allí están en

verdadera profusión. Y no sólo posee en abundancia preciosas ruinas, sino que ha logrado además desenterrar ciudades enteras, como Herculano y Pompeya, en donde pueden estudiarse en sus más nimios pormenores la existencia y la civilización romanas de los tiempos remotos, desde las intimidades de la familia hasta las magnificencias de la vida pública.

Es, pues, de esperar que si el ensayo que ahora hace D'Annunzio en el antiguo teatro de Túsculo da buenos resultados, como no puede menos de darlos empresa acometida por tan alto poeta, las representaciones al aire libre tomarán carta de naturaleza en Italia, como la han tomado, desde hace tiempo, en Francia.—R.



Túsculo.— El antiguo teatro romano en donde se estrenará próximamente la tragedia que hace poco ha terminado el eminente poeta Gabriel D'Annunzio. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



SANTA CECILIA, cuadro de Mme. Trante Thomine

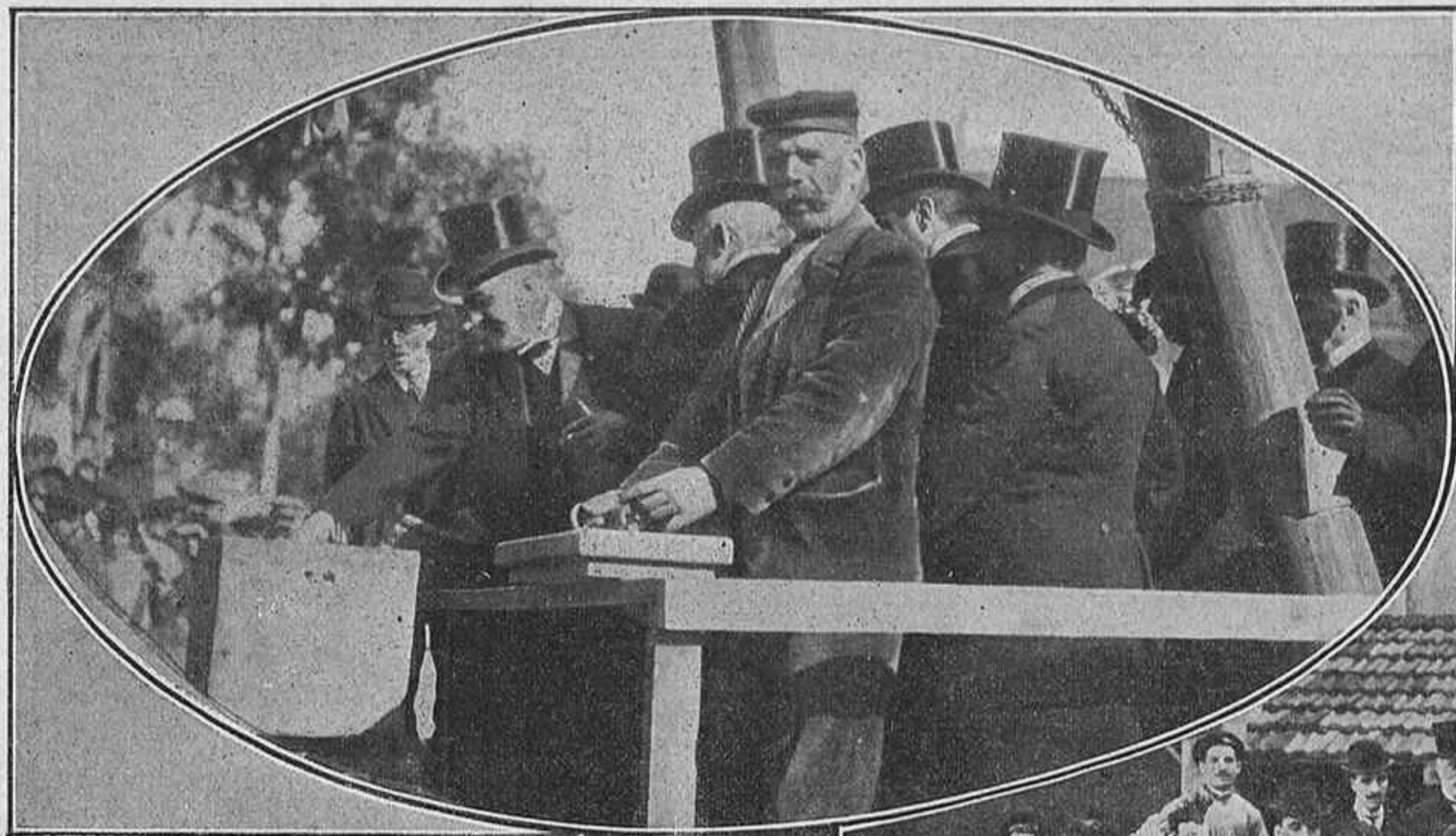


JUVENTUD, cuadro de Carlos Lotz

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las págs. 745, 752 y 753.)

Coquetería, cuadro de M. Dall'Oca Bianca. — Pocos pintores saben dar á sus cuadros el aspecto simpático que tienen todos los de este celebrado artista italiano. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido muchos de ellos, y ni en uno solo deja de admirarse ese carácter que contribuye no poco á avaluar el mérito de la obra artística y á ponerla, por decirlo así, al alcance de los menos versados en materia de pintura. *Coquetería*, nos produce esa misma impresión y en ello está el elogio



Barcelona.—Colocación de la primera piedra del nuevo edificio para escuela de ciegos y sordo-mudos.

BARCELONA

LA NUEVA ESCUELA PARA CIEGOS Y SORDO-MUDOS

Bajo la presidencia del alcalde Sr. Sanllehy y con asistencia de varios tenientes de alcalde y concejales y de representaciones del personal docente, de alumnos de la actual escuela y de varias entidades, efectuóse el día 10 de los corrientes la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio que con destino á escuela de ciegos y sordo-mudos se ha de construir en el ensanche de esta ciudad.

Abierto el acto por el Sr. Sanllehy y leído por el jefe de Fomento los acuerdos al mismo referentes, el teniente de alcalde Sr. Bastardas reseñó los continuos esfuerzos hechos por el Ayuntamiento para mejorar la instrucción de los niños ciegos y sordo-mudos y explicó los nuevos rumbos que á la enseñanza de esos desgraciados se imprimen. El teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso manifestó que la frecuencia con que se realizan en Barcelona actos análogos al que se estaba celebrando demuestra hasta qué punto se preocupa el Ayuntamiento de los desvalidos. El alcalde congratulóse de presidir aquel acto y felicitó al Ayuntamiento y en particular á las comisiones de Fomento y Gobernación.

Terminados los discursos, el acta, firmada por el alcalde, concejales, profesores y representantes de la prensa, fué encerrada en un tubo de cristal é introducida en la primera piedra, que, previas las paletadas de costumbre, fué colocada en su sitio, bajo la dirección del arquitecto municipal señor Falqués.

Amenizó el acto la banda municipal.

El nuevo edificio estará dotado de todas las condiciones que la higiene y la pedagogía exigen en esa clase de escuelas.

EL INFANTE

D. CARLOS DE BORBÓN

Y LA PRINCESA

LUISA DE ORLEÁNS

En el castillo de Wood-Norton (Inglaterra) han contraído matrimonio el día 16 del corriente el infante D. Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleáns, enlazándose con ellos los nombres de dos de las más ilustres casas reales de Europa, á pesar de lo cual la llamada razón de Estado para nada ha intervenido en su unión.

Cuenta el infante 37 años, es general del ejército español y por su inteligencia, bondad y carácter afable se ha conquistado unánimes simpatías en España, en donde se naturalizó en 1901. La princesa Luisa tiene 25 años, y si es por todos admirada su belleza, no lo son menos su talento y sus virtudes.

Todo permite, pues, asegurar que en su hogar futuro anidará la dicha más completa.

La boda se ha celebrado en una capilla provisional, pues la del castillo es demasiado reducida, y la unión ha sido bendecida por el arzobispo de Birmingham en representación de S. S. el papa Pío X.

Los augustos novios, después de la boda, para asistir á la cual hallanse actualmente en Wood-Norton los reyes de España, la infanta doña Isabel, la reina Amelia de Portugal y otros personajes ilustres, emprenderán un largo viaje que terminará en Madrid en donde han fijado su residencia.



El infante D. Carlos de Borbón y su esposa la princesa Luisa de Orleáns. (De fotografía.)



Grupo de niños ciegos y sordo-mudos con sus profesores que asistieron á la colocación de la primera piedra de la nueva escuela. (De fotografías de Moragas.)

de ese lienzo que ha figurado en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Venecia, mereciendo los más laudatorios juicios de la crítica.

Santa Cecilia, cuadro de Mme. Trante Thomine. — Los temas más viejos son siempre de actualidad cuando el arte sabe revestirlos de formas nuevas; y esto es lo que vemos en esa imagen de Santa Cecilia, tratada con tanto acierto por la notable pintora francesa. La Virgen mártir, representada bajo la forma de una doncella veneciana de la Edad media, se presenta á nuestros ojos con toda la fuerza de la realidad, sin perder por ello su naturaleza esencialmente ideal en cuanto á personificación del divino arte de la música, ya que la autora ha sabido imprimir en toda la figura una expresión que tiene algo de ultraterreno.

Juventud, cuadro de Carlos Lotz. — Contemplando esa figura sentimos intensamente la idea que ha guiado al artista al pintarla; no es solamente la juventud del cuerpo lo que Lotz ha querido expresar, sino además la juventud del alma, conceptos que no siempre coinciden en un mismo individuo, y que en el de este cuadro se compenetran íntimamente. En la cara de esa muchacha se ve esa edad en que los años se cuentan todavía por abriles, pero al mismo tiempo se transparentan esa serenidad, esa alegría, esa inocencia que son patrimonio exclusivo de los que se hallan en la primavera de la existencia.

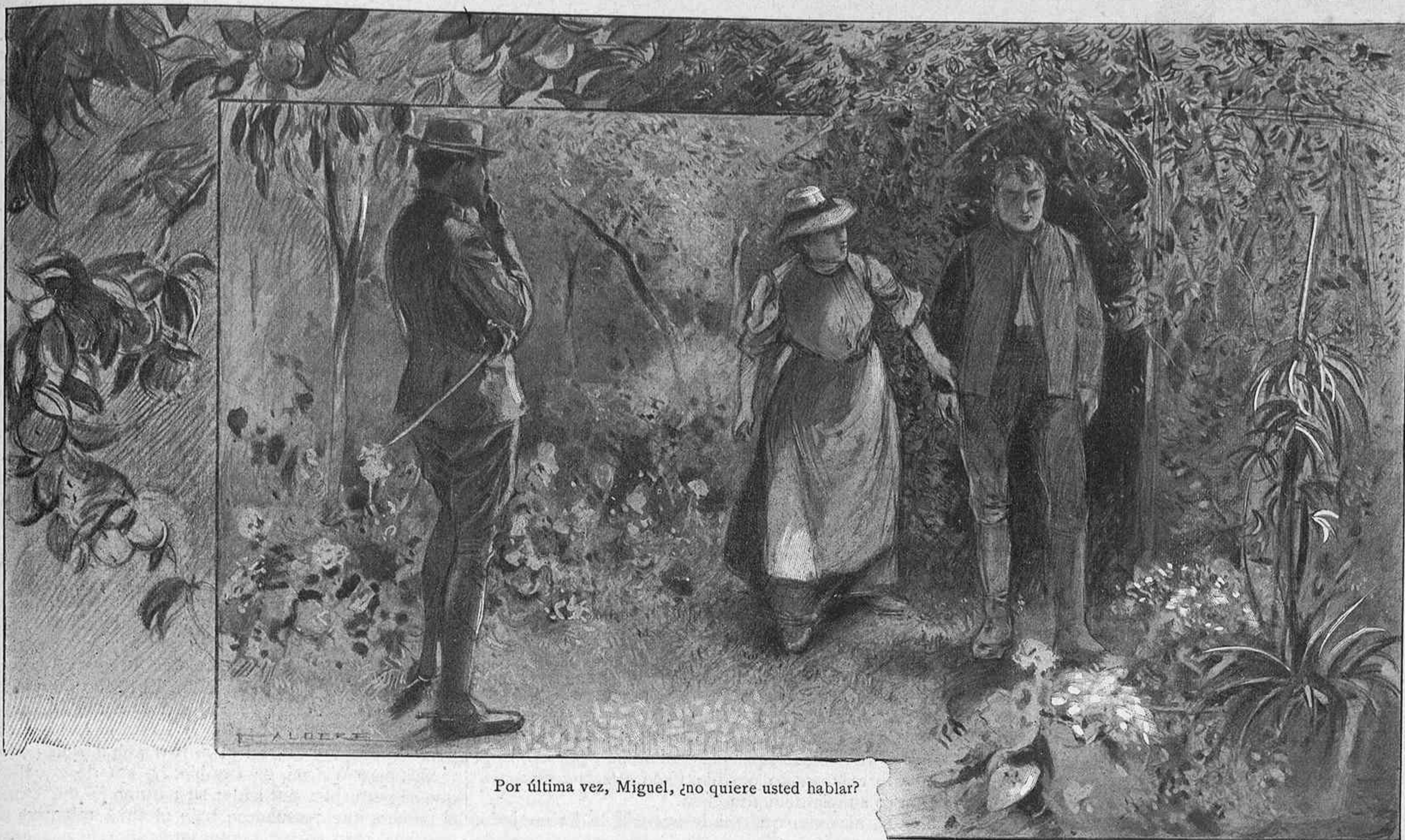
Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Lo fill del rey*, visión musical de espectáculo en cuatro cuadros, letra de Manuel Marinello, música de A. Argelaga; *L'hort d'en Churrumeu*, sainete en un acto de Luis de Arenys; *Don Juan*, drama en cinco actos de Moliere, traducido por A. Maseras y F. Prats Gaballí; y *Rodamón*, obra lírica en dos actos y cinco cuadros, letra de Nogueras Oller, música de Narcisa Freixas, en *Romea Els porucs*, comedia en dos actos, arreglada de una obra inglesa por R. Franquesa; y en el Eldorado *Tenorio modernista*, farsa en tres cuadros de Pablo Parellada.

El cuarto y último concierto de la Sociedad Filarmónica Barcelonesa fué un nuevo triunfo para la orquesta y para el maestro Lasalle; en él se estrenaron unas inspiradas *Impresiones sinfónicas* del maestro Garreta, y se ejecutaron la *Serenata* de Max Reger y la sinfonía *Faust*, de Liszt, con la colaboración del Orfeo Barcelonés, dirigido por el maestro Serra. Todas las piezas fueron admirablemente tocadas y aplaudidas con entusiasmo.

En Novedades los notabilísimos pianistas Malats y Granados han repetido el concierto á dos pianos que dieron hace algunos años, conquistando ambos concertistas grandes ovaciones en todas las piezas del programa, compuesto de escogidas y difíciles obras de Mozart, Saint-Saens, Schumann, Beethoven, Chaminade, Chabrier y Fischhoff.

En el propio teatro la Asociación Musical de Barcelona ha dado un concierto en el que la orquesta, bajo la dirección del maestro Sr. Lamothe de Grignon, ejecutó la *Cuarta sinfonía* de Glazounow, un *Diálogo* de Mas y Serracant, y el pianista Sr. Batalla tocó, en unión de la orquesta, el *Concierto n.º 4* de Saint-Saens y el *Concierto en la menor* de Grieg. Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos, prodigados con justicia por la escogida concurrencia.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.



Por última vez, Miguel, ¿no quiere usted hablar?

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

La joven leyó cuidadosamente el documento, buscando la prometida explicación, mas no pudo encontrarla. La única cláusula que se refería directamente á ella decía tan sólo que á causa de la desgraciada quiebra del Banco del condado, y atendidas ciertas circunstancias particulares relacionadas con este asunto, el testador sentía no hallarse en disposición de legar á su hijo Miguel la fortuna que le destinaba. A esto seguían varias observaciones de Job, manifestando que esperaba ver antes de su muerte á su hijo Miguel y á Susana Holt unidos, pues siempre había mirado á la joven con ojos de padre, y su más vehemente deseo era llamarla hija.

Susana no pudo menos de conmovirse al leer estas líneas, en las cuales se hacía tan afectuosa mención de ella, así como también al ver otro párrafo, por el cual Job le legaba algunos de sus objetos favoritos: su látigo de lujo, algunas de las medallas obtenidas como premio en varias exposiciones agrícolas y otras varias cosas.

Job esperaba que la lectura del testamento causaría sorpresa, si no cólera á su pupila; pero cuando concluyó, mostróse muy satisfecha y dió un beso á su tío.

—Es usted muy bondadoso, díjole; yo quisiera..., quisiera mucho que me fuera posible complacer á usted.

—¿Lo has leído todo?, preguntó Job asombrado y confuso al ver cómo tomaba la joven lo que en su concepto debía disgustarla.

—Sí, tío, hasta la última palabra; y aprecio los donativos de usted mucho más que si me dejase una gran fortuna.

—¿Pero has leído el testamento válido?, preguntó Job volviéndose en su sillón con un movimiento espasmódico para mirar la mesa y dejando caer la pipa en el suelo.

—Sí, padre, ha leído el bueno, contestó Miguel sin cambiar de posición.

—¿Pues dónde está el otro?

—Como era papel inútil, padre mío, lo rasgué para que encendiera usted su pipa.

—No debías haber hecho eso sin advertirme; pero no importa, y conociendo ya Susana cuál es el estado de cosas, hará lo que es justo.

—Lo procuraré al menos, contestó Susana; pero

seguramente usted no querría que yo hiciese lo que me pareciera mal..., no solamente para mí, sino también para Miguel.

—No veo que pueda haber mal ninguno, murmuró Job guardando el testamento en su pupitre y cerrando éste con llave; y si eres la mujer que yo pienso, no podrás ver más que un medio para arreglar las cosas, por más que lo tomes con tanta frialdad. No querían que yo te dejase ver el testamento, pero me alegro de habértelo enseñado, porque tal vez así se arreglará pronto alguna cosa.

—Le agradezco á usted mucho su bondad, dijo Susana, y si sus deseos pueden realizarse, yo...

Susana se interrumpió, no sabiendo cómo concluir la frase, y sus mejillas se colorearon vivamente.

—¿Cómo realizarse!.. No puede menos de ser así, y ya sabes por qué.

Job comenzaba á montar en cólera, y evidentemente su fuerza cedía por momentos.

—No tenga usted cuidado, dijo Miguel, Susana hará cuanto pueda para complacer á usted. Y ahora, permítanos salir diez minutos para hablar un poco. Vamos, Susana

Y con la presunción de un pretendiente favorecido, Miguel enlazó con su brazo el talle de la joven, y levantándola casi del suelo al dirigirse á la puerta, murmuró á su oído:

—Perdóneme usted y espere un momento.

Job se sonrió con aire de satisfacción, restregóse las manos, y algunas lágrimas de alegría deslizaronse por sus mejillas demacradas.

—¡Oh, oh, muchacho, así es como se hace!, exclamó. Ahora veo que os burlabáis de mí. ¡Ah, ah!, así me gusta; pero no debíais haberme inquietado tanto tiempo. Ahora comprendo por qué Miguel no me dijo una palabra cuando te mostré el testamento, Susana. ¡Vamos, muchacho, dale un beso y bien dado!

Miguel obedeció á su padre atrevidamente.

—¡Así, así!, exclamó Job. Y ahora podéis ir; dos personas son compañía, pero tres no, según el caso. ¡Bendígaos Dios!

Miguel sacó á Susana de la habitación, cerrando la puerta rápidamente, mientras que su padre seguía restregándose las manos. Susana había cedido, no solamente porque estaba confusa, sino porque comprendió que aquello no tenía otro objeto que com-

placer al anciano; pero desasiéndose de los brazos de Miguel apenas estuvieron fuera de la estancia, pálida y trastornada, dijo con acento de enojo:

—¿Pero qué es esto, Miguel? ¿Qué significa ese atrevimiento?

XXXI

JUNTO Á LA GLORIETA

De los dos jóvenes, Miguel era tal vez quien estaba más agitado; la inesperada presencia de Susana había sorprendido, y el objeto de su visita le contristó, causándole dolorosa impresión que la pupila de su padre, por satisfacer su curiosidad, pusiera en peligro la vida de Job, aunque no ignoraba las prevenciones del médico. No reflexionó que éstas no podían impresionar tanto á Susana como á él, puesto que no las oía repetir con tanta frecuencia. Habíase atrevido á todo por amor á la joven en primer lugar, y en segundo, por su padre; parecía extraño posponer á éste, pero así era.

Miguel había pasado por una ruda prueba durante la última media hora: era necesario librar á Job de la excitación que seguiría á las explicaciones, pues podía serle fatal, y además estaba resuelto á impedir que Susana leyese el testamento en que constaba su verdadera situación, es decir, el último. Por eso se vió bruscamente ante un dilema, para el cual no estaba preparado, y habíale sido forzoso obrar bajo la inspiración del momento. En su desesperación, hizo una cosa que repugnaba á sus sentimientos de lealtad y de su carácter, y por fortuna tuvo buen resultado.

Mas ahora era indispensable proseguir con el engaño; debía sincerarse de su extraña conducta á los ojos de Susana, y no era libre de revelar los motivos que tenía para conducirse así.

—Ruego á usted que me dispense, le dijo; la vida de mi padre peligraba, y forzoso fué obrar como lo hice. Además, tenía otras razones, pero no es necesario hablar ahora de ellas. Espero que me perdonará usted.

Susana estaba aún sobrecogida de temor, y hasta indignada, pues comprendía que Miguel trataba de ocultar lo más importante.

—¿Qué otras razones son esas?, preguntó.

—No hablemos de ello ahora, porque podríamos molestar á mi padre; cójase usted de mi brazo hasta que hayamos pasado de la ventana, porque á él le agrada vernos. Después podremos hablar.

Parecióle á Miguel que Susana vacilaba, y esto le disgustó, notando también que aunque no dejaba su brazo, apenas se apoyaba en él. Al pasar por delante de la ventana, Miguel saludó á su padre, y cuando se hubieron alejado, la expresión de su rostro se entristeció de nuevo. Preguntábase cómo podría contestar satisfactoriamente á las preguntas de su compañera sin revelar el secreto, pero no se le ocurrían.

De buena gana le hubiera dicho: «La amo tanto, que su bienestar es para mí preferible á la fortuna, deseo que siga en la posesión de la que usted cree que le pertenece; mas no se me oculta que rehusaría aceptarla de mis manos; creo que tiene derecho á ella, por más que usted lo negara, y acaso la ley también; yo podría aceptar cualquiera cosa de usted, porque la amo con toda mi alma; pero temo que usted no haría lo mismo, porque no me quiere lo bastante para ello. Cásese con quien guste, pero al menos déjeme usted la secreta felicidad de saber que todo lo hice en obsequio suyo.»

Pero Miguel no podía decir esto sin que pareciera que deseaba aprovecharse de esta ventaja para conseguir sus fines. Si hubiese hablado así, las cosas habrían tomado otro aspecto; pero no le era posible referir una parte de la historia y callar la otra.

—No me pregunte usted cuáles son las otras razones, repuso cuando avanzaban ya entre los árboles. ¿No le basta saber que cuanto he hecho ha sido en obsequio de mi padre... y de usted? No se la oculta que mi padre desea con ansia vernos casados; esta idea le acosa día y noche; no habla de otra cosa, y hasta en sus sueños se refiere á este asunto. Ya que no puede usted amarme, Susana, sea usted al menos mi amiga. La pido perdón por todo cuanto he dicho y hecho; no tenía tiempo para elegir mis palabras ó mis actos; y yo la amo de tal modo, que creo que me contentaría solamente con su amistad, ó cuando menos, trataría de hacerlo así.

La emoción de Miguel produjo más efecto en la joven que sus apasionadas frases; y aunque se había recobrado ya de su agitación, ahora experimentaba otra. Decíase que había sido cruel al dudar por un momento del joven Hazell; mas por otra parte resentíale que éste no la confiase todo. La mistificación continuaba, pues Miguel no había explicado cosa alguna, y ella no podía olvidar cómo se había quedado el testamento.

—Sé que haría usted mucho por amor mío, contestó, y comprendo también que no lo merezco, pues me parece que no podría hacer por usted la mitad de lo que usted haría por mí. He aquí por qué... por qué no quisiera que usted sufriese por mi causa.

Susana hablaba con dulzura, casi como si suplicara á Miguel que no la instara demasiado, para no obligarla á decir, valida de su amistad, más de lo que ella quisiera.

—Me satisface que crea usted eso de mí; pero quisiera que tuviese más fe aún en lo que digo. Si estuviese en mi mano hacer un sacrificio cualquiera para conseguir su felicidad, no vacilaría un instante, considerándome dichoso solamente con oírle decir que estaba contenta y agradecida, y no enojada, como ha indicado antes.

—Yo no he dicho eso, Miguel, contestó Susana; pero sí quisiera más bien...

La joven se interrumpió y Miguel completó la frase con un marcado acento de amargura.

—Sí, ya comprendo; quisiera usted más bien no quedarme obligada; pero debo advertirle que yo no busco su agradecimiento, ni deseo tampoco que me favorezca en cosa alguna para manifestármelo ó recompensarme. Quiero que esté usted completamente libre para que haga lo que en su concepto pueda labrar su felicidad; y he aquí la causa de haber obrado como usted ha visto.

—Veo que aún no me comprende usted, contestó Susana, y no sé cómo interpreta tan mal mis palabras. La conducta de usted ha sido muy singular desde la quiebra del Banco; naturalmente, esto le trastorna en cierto modo; lo sé y lo tengo en cuenta; pero á mí me han dado tan extrañas noticias, que no sé qué hacer ni pensar. ¿Por qué no quiere usted ayudarme, explicándome con exactitud el estado de los negocios?

Durante un momento, Miguel estuvo tentado á decirlo todo claramente, fueran cuales fuesen las consecuencias; pero el firme propósito de ocultar su sacrificio, su orgullo y su amor combináronse para sofocar el impulso.

Los dos jóvenes llegaban en aquel instante á una glorieta, algo ruinoso, que la hiedra había invadido por todas partes, menos por un punto en que un

obstinado rosal abría paso; hacía largo tiempo que nadie se cuidaba de ella, y las plantas parásitas obstruían la entrada. Lugar favorito de los dos jóvenes en su niñez, ahora volvían á verle en la edad en que comienzan las preocupaciones de la vida; Susana era mujer y Miguel un hombre formal.

Instintivamente se detuvieron allí, pero en el primer momento ninguno de ellos recordó los felices días en que visitaban la glorieta, porque otras cosas más serias ocupaban el pensamiento de ambos.

—Es mejor, dijo Miguel, que en vez de preguntarme, confíe usted en mí.

—Es decir, replicó Susana con la vista fija en su interlocutor, que yo no soy digna de confianza...

—Usted lo es para mí en todo.

—Pues veo que me lo demuestra usted de una manera muy singular. A fe mía que me hallo en una posición muy extraña. Me han dicho que mi dinero es el que se ha perdido, y al preguntarle si esto es verdad, me contesta que debo confiar en usted.

—¿Quién ha dicho que usted es la que ha perdido?

—Walton.

Este nombre produjo en Miguel el mismo efecto que hubiera experimentado si le hubiesen introducido de pronto en un baño de agua helada: la emoción profunda hace enmudecer, la pasión habla porque es efímera; el amor y la desesperación se muestran reservados porque son eternos.

—Siempre le dije á usted, contestó con aparente calma, que ha sufrido alguna pérdida; la nuestra es considerable, mas no tanto que necesitemos auxilio. Aún podemos seguir adelante sin carecer de nada, y es de esperar que con el tiempo nos resarciremos de la pérdida. La de usted no se puede saber á punto fijo cuál es hasta que se hayan revisado todas las cuentas del Banco; pero el Sr. Patchett presentará la nota lo más pronto posible. Creo que esta contestación es suficientemente clara.

—Sí, mas veo que mi insistencia le ha enojado. Supongo que el informe del Sr. Walton será eco de alguno de esos falsos rumores propagados por la gente ociosa que se complace en hablar de los asuntos privados de sus vecinos. Siento mucho, Miguel, haber procedido tan aturdidamente; mas ahora me ocurre preguntar por qué habrá usted destruído el testamento, añadió Susana bruscamente, sin poder desechar una última sospecha.

—Mi padre lo destruyó.

—Sí, pero fué porque usted se le dió, sin decirle qué era.

—Ese documento no serviría de nada, y por lo tanto, parecíame inútil guardarlo. El testamento que usted ha leído, y que ahora está encerrado, es el bueno. ¿Desea usted preguntarme algo más?

—¿Por qué está usted tan pálido, y por qué me habla con ese acento de amargura? ¿No es natural que al llegar á mis oídos semejante noticia solicite de usted una explicación, puesto que sería peligroso molestar al Sr. Hazell?

—Sí, tiene usted razón. Si en mi acento ha notado usted amargura, será porque contestaba á mis propios pensamientos más bien que á sus palabras. Ya he dicho cuál es el estado de los asuntos en cuanto es posible decir ahora.

Miguel pensó que Susana le acosaba demasiado, comprendiendo muy bien que no habría procedido así á no ser por la influencia de Walton; y á pesar de todos sus esfuerzos para aparentar calma, no podía menos de reflexionar que era acreedor á más consideraciones.

Susana no podía adivinar qué pensamientos, temores y esperanzas podrían agitar al joven Hazell hasta el punto de hacerle palidecer así, y su curiosidad le impulsó á dirigir á Miguel otra pregunta.

—Usted me ha dado una explicación, dijo; pero ¿me lo ha dicho usted todo?

Sin duda el joven comenzaba á perder la calma, pues contestó deliberadamente:

—No, no le he dicho á usted todo; pero sí cuanto deseo que usted sepa.

—Pues rogaré al Sr. Walton que me diga lo demás...

—Y ciertamente él hará cuanto sea posible para complacer á usted, dijo el mismo Walton cortésmente, presentándose de pronto ante los dos jóvenes.

Susana hubiera dado cualquier cosa en el mundo por haberse abstenido de pronunciar sus últimas palabras; al ver la expresión de dolor que se pintó en el rostro de Miguel, sin duda por la inoportuna llegada de Walton.

XXXII

ESTABA ESPERANDO Á USTED

—Siento mucho haber interrumpido la conferencia, dijo Walton; pero al fin llegué á creer, señorita Holt,

que, sin acordarse ya de que yo la esperaba, se habría ido por los campos á su granja. Sin embargo, quise asegurarme de ello, pues ya comprenderá que yo no podía volver á la Abadía con el carrito, y llegué hasta la casa del Sr. Hazell. Aquí me dijeron que había usted ido al jardín con Miguel, y héteme aquí interrumpiendo su conversación. Dispense usted mi impaciencia; ya veo que no se me cuenta, y que mis buenas intenciones no han servido para nada; pero advertiré que he esperado dos horas y diez minutos, y que no es una de mis virtudes la paciencia.

Walton hablaba con cierto aire de indiferencia, y al parecer divertíale mucho observar la expresión de asombro de los dos jóvenes que tenía delante; vió cómo Miguel se demudaba, y cómo la señorita Holt palidecía y sonrojábase sucesivamente.

—Es verdad, Sr. Walton, dijo esta última, habíala olvidado que me esperaba... Dispéñeme usted; la importancia del asunto que hablábamos ha sido la causa, y siento que se haya tomado tanta molestia.

—¡Oh! No hable usted de eso, pues con el mayor gusto haré cualquier sacrificio para complacerla. Supongo que aún no habrán ustedes concluído de hablar, pero sé que está usted aquí, y me retiro, con la intención de esperar hasta mañana si á usted le place.

Susana no pudo comprender si Walton se burlaba de ella; pero sus palabras la irritaron.

—Ya hemos concluído de hablar, Sr. Walton, dijo Miguel, y según parece, á usted es á quien la señorita Holt desea decir alguna cosa.

El joven estaba tan pálido, que Susana y Walton experimentaron cierta inquietud. El hecho de que la señorita Holt hubiera venido secretamente á la casa acompañada de Tomás, y de que éste la hubiese esperado, era para Miguel el último golpe que podía temer; pero Walton, en cambio, no era de aquellos que se perturban por nada; su naturaleza era como el corcho, que permanece bajo el agua mientras se le sujeta, pero vuelve á flotar en la superficie apenas cesa la presión.

—Sí, repuso, tal creo; ustedes hablaban con tal animación, que no echaron de ver mi llegada, y yo oí á la señorita Holt decir que se proponía preguntarme alguna cosa. Repito que tendré el mayor gusto en darla conocimiento de cuanto yo sepa.

Walton se hallaba en posición de apreciar muy bien el estado de cosas, y su objeto era hacer creer á Miguel que él estaba en la mejor inteligencia con la señorita Holt. Lo consiguió respecto al joven Hazell; pero Susana se indignó, y su aparente familiaridad no produjo en ella más que irritación y desdén, sobre todo al ver que Miguel permanecía mudo sin tratar de ayudarla á salir del paso. Parecióle que los dos hombres que tenía delante se compadecían de ella, deseando cada cual hacerla creer lo que más conviniese á sus propósitos; pero al fin, haciendo un esfuerzo, consiguió hablar con alguna calma y decisión.

—Usted, Sr. Walton, dijo, me asegura que estoy casi arruinada, si no del todo, por la quiebra del Banco; y usted, Miguel, sostiene que mis pérdidas son de poca importancia. No es posible que los dos tengan ustedes razón, y yo quiero saber quién está equivocado. Así diciendo, fijó la vista en Miguel, como deseosa de que hablase el primero; pero éste contestó á la mirada más bien que á las palabras.

—Nada más tengo que decir, repuso.

Entonces Susana se volvió hacia Walton.

—Por extraño que parezca, dijo éste, creo ver que los dos tenemos razón. Ignoro lo que Hazell puede haber declarado; pero si niega que el dinero perdido es el de usted..., en tal caso, que arregle el asunto con su padre y con su propia conciencia.

—¡Contéstele usted que se equivoca!, exclamó Susana volviéndose á Miguel con ademán suplicante.

El joven guardó silencio.

—Dígale usted que se engaña; si es verdad que alguna vez me ha querido, añadió la joven, dígame usted que está en un error, que usted no ha tratado de engañarme... ¡Oh, Miguel, yo se lo ruego!

Hazell se estremeció; los ojos de Susana parecían llenos de amor cuando pronunció estas últimas frases, y hubiérase dicho que le ofrecía la última probabilidad de obtener su mano; pero la presencia de Walton ejercía en él una enojosa presión; su conciencia le gritaba además que había hecho cuanto humanamente era posible en beneficio de Susana, y comprendiendo cuán humillante era para él aquella escena, persistió en su empeño de no revelar nada. Había sacrificado su fortuna en favor de la mujer que amaba, y esta era la recompensa que obtenía. Si la señorita Holt le hubiese suplicado momentos antes de llegar Walton, como acababa de hacerlo ahora, seguramente le habría dicho todo, dando razones, tan loables como sencillas, para explicar su conducta;

pero Walton estaba allí, y debía hablar de otro modo. Volvióse hacia Susana, y díjole gravemente:

—El Sr. Walton acaba de manifestar á usted que él tiene razón y yo también; agradezco sus palabras en lo que á mí se refiere, y como al parecer se ha enterado de nuestros asuntos particulares, aunque yo creí que solamente mi padre, el Sr. Patchett y yo los conocíamos, le dejo en libertad de dar á usted la explicación que ofrece para complacerla. De este modo él quedará contento, y á mí me aliviará. Yo esperaba que nadie la molestase nunca con los detalles de este desgraciado asunto, ó por lo menos que no los supiese usted hasta que por las circunstancias perdieran su valor; pero el Sr. Walton es más listo que yo. Ustedes juzgarán si ha procedido lealmente al espiar mis asuntos, practicando investigaciones sobre negocios que no le atañen.

Jamás había hablado Miguel con tanta amargura, y su extraordinaria calma hacía más acerbas sus frases. Walton palideció al oír la palabra *espiar*, é hizo un movimiento; pero Susana levantó la mano.

—¡Entonces todo es verdad!, exclamó, dirigiéndose á Miguel; usted me engañó con una falsedad, asegurándome que mi pérdida carecía de importancia.

—He dicho á usted lo que era cierto, contestó el joven con cierta expresión de tristeza, sin hacer aprecio de la dureza de la acusación, aunque debía ser más sensible para él por haberla pronunciado los labios de Susana, y sobre todo por la presencia de Walton.

—Puesto que Hazell no quiere complacerme, dijo la joven, tenga usted la bondad, Sr. Walton, de darme una explicación sobre el asunto.

—No puede ser completa, replicó Tomás, porque se necesitan más informes auténticos de los que yo tengo. Seguramente Hazell dice la verdad, pero no toda, y he aquí por qué su aserto no conviene en absoluto con el mío. No dice por qué puede persistir en asegurar que la pérdida de usted es de poca importancia; y en resumen, oculta su luz para que brille más cuando llegue la hora.

Walton había calculado, acertadamente, que sus palabras eran las más propias para inducir á su rival á mantenerse en su reserva, y complacióle tener la oportunidad de zaherirle á su vez.

Susana comenzó á sospechar vagamente lo que Miguel trataba de hacer, y no le agradecía su reserva, comprendiendo que, con su aparente bondad, proponíase tan sólo mantenerla en la ignorancia respecto á sus pérdidas. Ignoraba que el joven Hazell hubiese reemplazado con su fortuna la que ella había perdido, quedando relativamente pobre para que la mujer á quien amaba fuese feliz aún, creyendo que era rica, y considerándose en libertad de elegir esposo, sin juzgarse obligada á dar su mano á Miguel. No sabía cómo la codicia de Job debió ceder ante el intenso amor que su hijo la profesaba, y como éste hizo creer á su padre que el único medio para que se realizase su más querida esperanza—el casamiento de los dos jóvenes,—consistía en persuadir á Susana de que su pérdida era insignificante, mientras que la de ellos les costaba su fortuna. También ignoraba que Job, impulsado por el tierno cariño que profesaba á su pupila, consintió en cederle sus bienes, pensando que, una vez casada con Miguel, poco importaba que la fortuna fuese del uno ó del otro. Después, como el anciano viera que el matrimonio se aplazaba siempre, sospechó que Miguel no atendía lo bastante á sus propios intereses, dando lugar con esto á que Walton ú otro cualquiera obtuviese la mano de Susana; y por esto llamó á Patchett y quiso hacer otro testamento en que se consignara la verdad de los hechos. Creyó que de este modo, cuando su pupila leyese el documento, haría justicia á Miguel, aunque no le aceptara por esposo.

Pero este último testamento era el que Job había destruido, rasgándole en tiras para encender su pipa.

Susana no podía imaginar cuánto había sufrido Miguel moralmente en obsequio á ella, y hasta qué punto debieron combinarse en el joven el orgullo, el amor rechazado y el temor de causarle un pesar para no revelar el secreto. Pero Susana vió que su mirada era angustiosa, fuera cual fuese la causa, y cogiéndole de un brazo, hablóle con bondad.

—Por última vez, Miguel, ¿no quiere usted hablar? Apenas puedo creer que trate de engañarme, y sin embargo, todo lo que usted hace me obliga á pensarlo así.

Miguel se estremeció al sentir el contacto de la mano de Susana y no supo qué decir; estaba como el naufrago que, á punto de ahogarse, toca al borde de una alta roca, pero exhausto de fuerzas para utilizarse de este apoyo, le suelta al fin y déjase caer en medio de las turbulentas olas.

—Pues si no quiere usted hablar, dijo Susana, iré á ver á Patchett; él no puede negarse á darme una

explicación sobre mis propios asuntos, y estoy resuelta á saberlo todo de una vez.

—Sí, Patchett es el hombre, dijo Walton vivamente; nadie mejor que él podrá decir á usted la verdad, aunque sea un abogado.

—Como usted guste, repuso Miguel, que bajo una aparente calma ocultaba su inquietud; la he rogado á usted que confiara en mí; pero ya que esto no le es posible, yo diría también que el Sr. Patchett es la persona más á propósito para obtener la explicación que usted desea, ó un consejo.

—Muy bien, dijo Susana; no me deja usted ninguna alternativa; pero quiero que entienda, Miguel, que procedo así por no quedarme otro medio para establecer las cosas respecto á mi posición en este extraño enredo.

Susana esperaba que el joven Hazell le evitaría un viaje; pero Miguel se inclinó sin decir palabra, indicando con esto que se sometía á su voluntad.

A pesar de su excitación, la joven comprendió que hacía algún daño al hijo de Job, mas no adivinaba en qué sentido. ¿Por qué se obstinaba en su reserva en vez de hablar claramente? Susana no tuvo en cuenta la presión que ejercía la presencia de un testigo.

—Ya tengo enganchado á *Jim*, dijo Walton; pero antes de marchar, amigo Hazell, añadió, quiero advertir á usted que mis informes no han sido buscados ni obtenidos por ninguna investigación; los he utilizado en mi provecho, es verdad; pero también hubiera usted podido hacerlo así.

—Es muy posible, caballero, contestó Miguel, pues nunca sabemos cuál será nuestra manera de proceder hasta que llega el caso; pero mientras la señorita Holt apruebe su modo de tratar este asunto, no tengo ningún derecho á oponer objeciones, ni lo deseo tampoco.

Susana dió algunos pasos con aire vacilante, pensando que si hubiera podido hablar á Miguel á solas, sin duda habría conseguido hacerle revelar el secreto; pero sin duda estaba irritado y no la proporcionó una oportunidad. Después supuso que los celos eran la causa de su extraña conducta, y aunque en cierto modo no deseaba que fuera este el motivo, no le desagradó inspirar al joven este sentimiento, pues al fin era mujer. Walton, en cambio, parecía demasiado seguro de su triunfo para mostrarse celoso.

Sin duda por esto Susana no estaba satisfecha de Walton, ni tampoco de sí misma. Pensó que no había sido prudente permitir que la acompañase, recordando el efecto que esto produjo en otra ocasión análoga; mas no podía invitar á Miguel á ir con ella, y teniendo prisa, hubiera sido una locura hacer el viaje á pie, mientras que proponer semejante cosa á Walton parecía más ridículo aún. Así, pues, no quedaba alternativa de elegir, y hubo de tolerar que Walton la acompañase de nuevo.

En cuanto á Miguel, su tranquila calma parecía indicar que era inútil dirigirle más preguntas; y su serena cortesía resintió á Susana más de lo que hubieran podido ofenderla sus quejas. ¿Era aquello un rompimiento formal?, se preguntó. ¿Sería posible que se reconciasen de nuevo? ¿Tendría él razón en proceder de aquella manera? Susana no supo contestarse á ninguna de estas preguntas.

Miguel ayudó á Susana á subir al carrito y despidióse de ella como hubiera podido hacerlo con cualquier otro visitante. Después, no se negó á estrechar la mano á Walton; mas al decirle «Adiós,» hubo en su tono cierta decisión que parecía indicar que no esperaba volver á verle por allí.

—¡Adiós!, dijo Walton volviendo la cabeza para mirar al caballo. Espero que todos estaremos de mejor humor cuando volvamos á encontrarnos.

Después dió riendas á *Jim* y el vehículo partió rápidamente.

Miguel, inmóvil en el mismo sitio, fijó la vista en los que se alejaban, hasta que al fin desaparecieron. Notó que Susana no había vuelto ni una sola vez la cabeza para mirarle, aunque pudo hacerlo fácilmente, porque iba en la parte posterior del vehículo; y también vió que Walton excitaba á su caballo con aire triunfante, volviéndose á veces para decir alguna palabra á su compañera; y fué para él una satisfacción, aunque muy ligera, observar que Susana no hacía aprecio de las palabras de Walton. Como quiera que sea, no había hecho la menor señal de despedida con la cabeza, y esto contristó más á Miguel.

¿Se habría concluido todo entre ellos tan tranquilamente? ¿Qué se había dicho ó hecho para que así sucediera? ¿Era suficiente motivo la reserva en que se había encerrado, porque las circunstancias le obligaban á ello? ¿Por qué no llamaría aparte á Susana para darle la explicación apetecida?

Fácil era contestar: obró así porque Walton estaba delante y porque ella no quiso confiar en él.

Miguel no quiso ir á comer, pues le hubiera sido imposible probar bocado, y se fué á recorrer la granja y sus alrededores después de enviar un aviso á su padre para que no le esperara.

XXXIII

LAS DUDAS SON TRAIADORAS

Miguel se engañaba; la señorita Holt había mirado tras sí varias veces, aunque sin levantar la cabeza, y otras tantas, al observar que el hombre que tanto la amaba, permanecía inmóvil y triste, viendo cómo se alejaba, preguntóse si aquella separación debería ser eterna. Después, al pensar en el anciano Job, cuyo fin estaba tan próximo, y que tantas veces la instara á casarse con su hijo, realizando así la más dulce esperanza de su vida, sobrecogiola una profunda tristeza. ¡Qué rápido era el paso del caballo! ¡Qué pronto se perdían de vista Miguel y la casa! Susana se esforzó para distinguirla cuando apenas era ya posible, sin hacer aprecio de las observaciones de Walton, porque no las oía.

En aquel momento hallábase completamente abstraída en sus reflexiones, porque le parecía muy extraño todo lo que pasaba. Con frecuencia habían mediado antes cuestiones entre los dos, y más de cuatro veces separáronse reñidos; mas ahora era diferente, porque al despedirse estaban tristes, como si la reconciliación fuera imposible. ¿Y á qué se debía esto? En primer lugar á Walton, y en segundo á la ligereza con que ella misma había procedido.

A este punto llegaba de sus reflexiones, cuando observó que acababan de penetrar en el Parque del Conde, y que el vehículo avanzaba tan lentamente, que los ciervos, muy numerosos en aquel sitio, no huían; algunos no fijaron siquiera su atención en los viajeros, y otros limitáronse á mirarlos tímidamente. El calor del día era tan intenso, que hacía más agradable la densa sombra de los álamos y robles que flanqueaban la avenida por ambos lados, y el sitio invitaba á descansar.

—Podríamos detenernos aquí unos momentos, dijo Walton, volviéndose hacia Susana, pues así tendrá tiempo para decidir lo que ha de hacer. He creído que preferiría usted venir por aquí, porque esto es más tranquilo que la carretera.

—Le agradezco á usted la atención... Temo haber sido muy descortés en esta última media hora...

—Nada tiene de extraño, porque sin duda está usted algo trastornada; pero supongo que no tiene usted motivo alguno de queja contra mí, añadió Tomás deteniendo el vehículo.

—Nada de eso, Sr. Walton, repuso Susana; no debe creer semejante cosa, pues lo que usted ha hecho fué con la idea de prestarme un servicio, y yo se lo agradezco. Estoy enojada contra mí misma, porque he procedido con demasiada ligereza. Debí advertir de antemano á Miguel que me proponía ir á verle para que me diera una explicación; y estoy persuadida de que su conducta no tuvo más objeto que evitarme un disgusto. Fué una imprudencia mía sorprenderle así, y acosarle después para que hablara; él me dijo que confiara en él, prometiéndome una explicación más tarde; pero yo estaba impaciente, y no quería esperar. En cuanto á usted, espero que me dispense mi falta de atención.

—¡Oh!, exclamó Walton, yo la dispensaré á usted todo cuanto quiera, y dudo que Hazell haga otro tanto. Es el hombre más terco que he conocido. Si podía decirnos algo que no supiéramos ya, no me explico su empeño en callar, y si había alguna cosa nueva, no sé por qué no hablaba, aunque sólo fuese para ahorrarnos este viaje.

—Sí, pero él dijo que *me esperase*, y seguramente tiene sus razones, sin duda muy buenas y plausibles, para no decir nada más por ahora.

—Pues entonces, replicó Walton, ¿por qué no espera usted? ¿Para qué ha de ir en busca de Patchett si aún se halla dispuesta á creer que Hazell ha obrado con toda rectitud en ese asunto?

—También usted dijo que tenía razón.

—Y sin duda la tiene. La cosa es muy sencilla, y yo reconozco que ese joven ha procedido así por un sentimiento de rectitud y de bondad. Dice que no ha perdido usted nada, porque cree que le concederá la mano de esposa, y en este caso su fortuna compensará la de usted. En rigor, esto es una jugarreta; él debe considerarlo así, y por lo mismo no se atreve á decir nada. Con sus palabras quiere decir que si usted le acepta, todo quedará al corriente; y no dudo que está persuadido de que bajo tales condiciones queda del todo justificado al asegurar que las pérdidas de usted tienen poca importancia.

(Se continuará.)

LAS ARAÑAS CAUTIVAS

¿Por qué gustan tan poco las arañas?

Concedido que algunas sean feas, pero ¿por eso se ha de condenar á todas? Sería lo mismo que si repudiáramos á todo el género humano por no tener los aborígenes de Australia ni los hotentotes de Africa una presencia tan bella como fuera de desear.

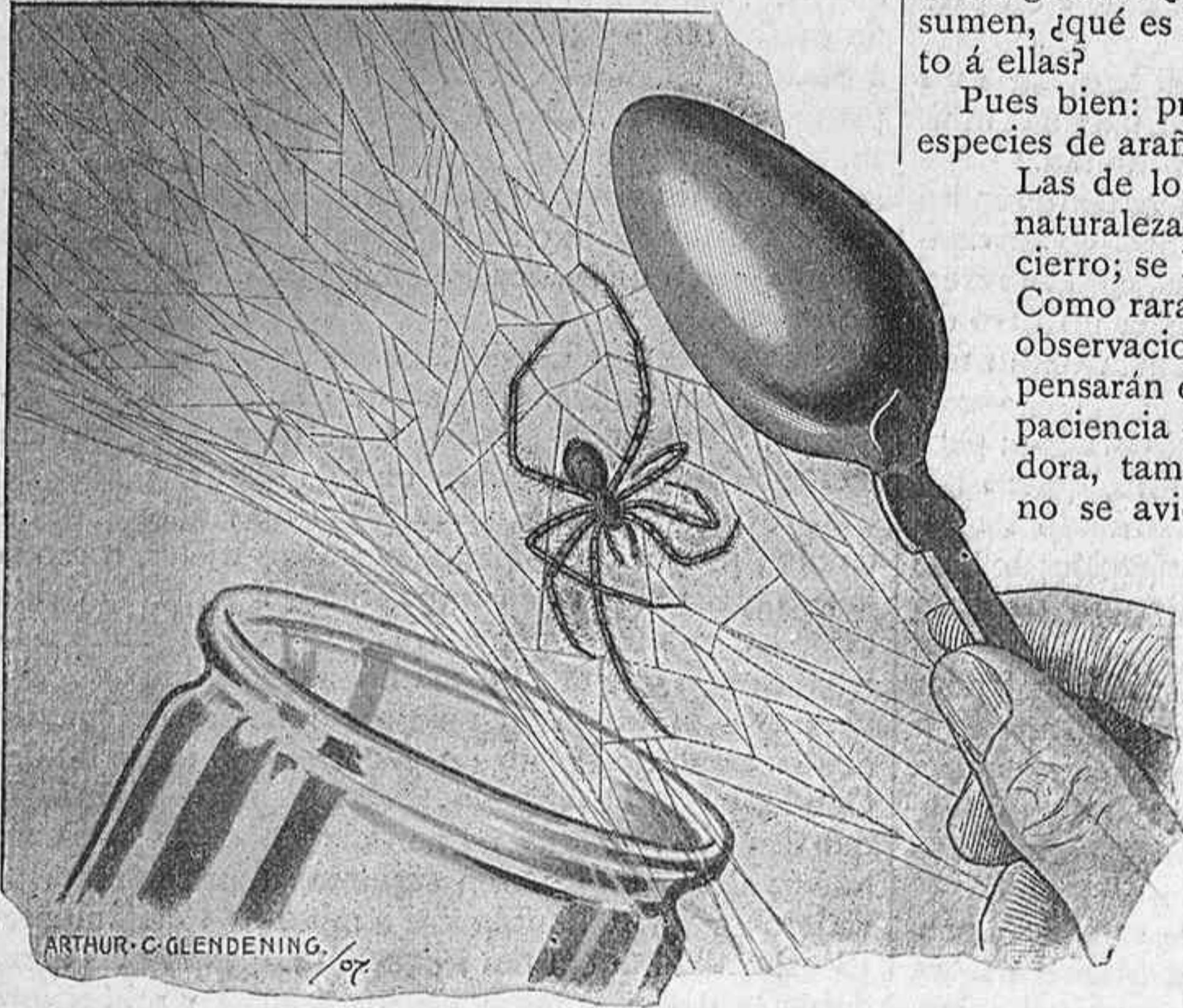


Fig. 1. - Introducción de la araña en un tarro de cristal

La verdad es que no todas las arañas son feas. Si buscamos por campos y vallados y hasta en nuestros jardines, encontraremos muchas con colores tan lindos como los de cualquier mariposa de las que conocemos. Es realmente un hecho curioso y que convendría tener á veces presente, el de que las más feas son las que se encuentran dentro y en las inmediaciones de nuestras casas; de lo que se desprende que si las arañas supieran hablar, podrían argüir razonablemente diciendo que si el medio ambiente ha de tenerse en cuenta, hemos de ver en la gran fealdad de nuestras viviendas la causa de ser ellas las menos agraciadas de la familia.

Verdad es también que puede motejarse á las arañas de crueles. Sin embargo, no debemos echar en olvido que, lo mismo que nosotros, han de vivir, y que, como nosotros, han de matar para comer. No obstante, y en eso no se nos parecen, jamás matan por halagar su vanidad, sino que, como uno de tantos agentes de la Naturaleza, obran en obsequio nuestro.

Tanto es así, que el jardinero que mata á una araña es un hombre completa y absolutamente indigno de ejercer su oficio. Porque si con cuidado estudiamos á los moradores de nuestros jardines, veremos que hay tres que, sin hacerse nunca ni en ninguna forma reos del delito de daño á nuestras plantas, consumen entre los tres un número inmenso de insectos destructores.

Esos filántropos son las arañas, los insectos de alas

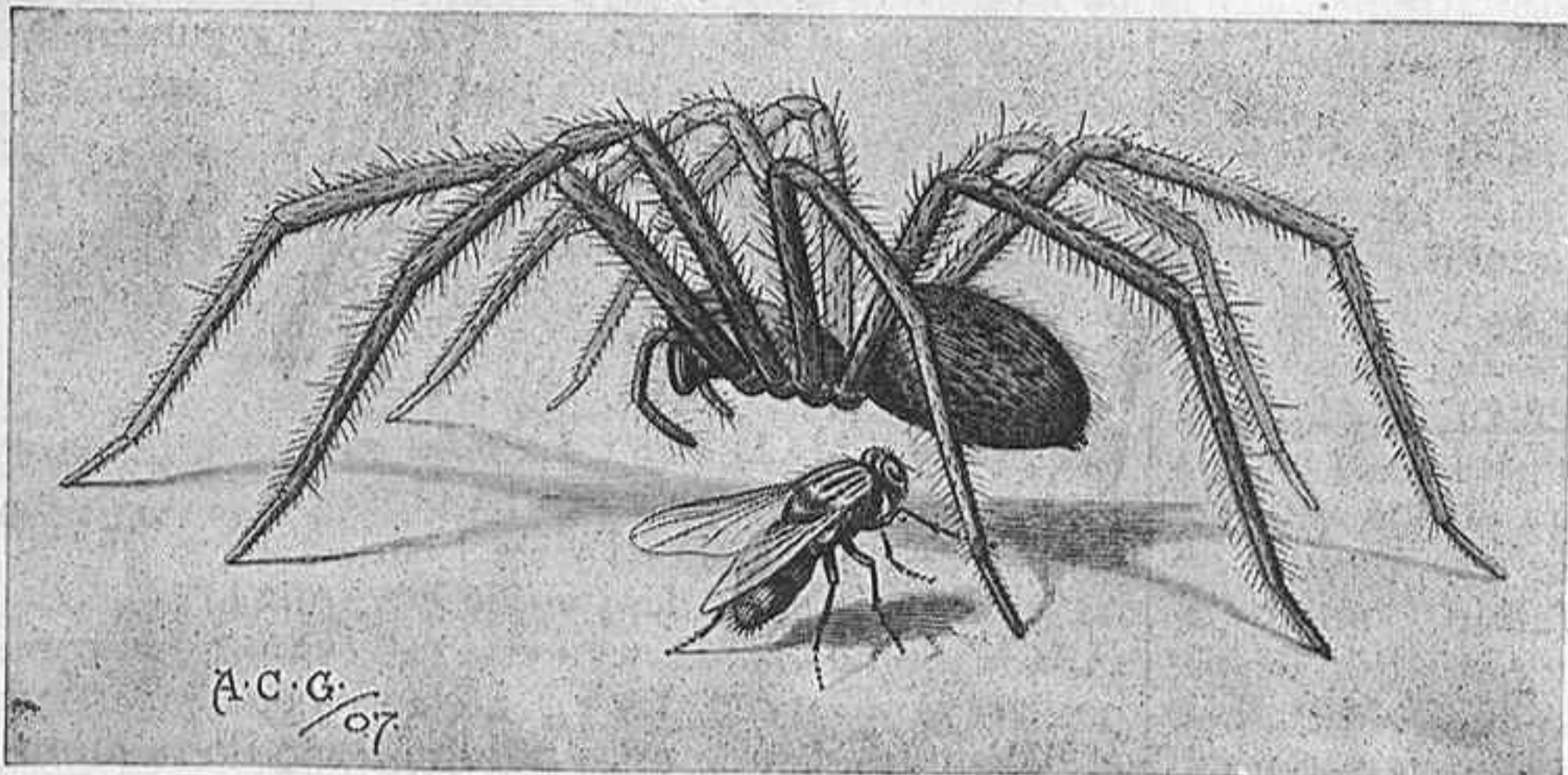


Fig. 2. - La araña no ve á la mosca, si ésta permanece inmóvil, aun estando á menos de una pulgada de distancia de ella

transparentes y sus larvas, y las coccinelas con las suyas; son verdaderos filántropos, porque al revés de los pájaros, avispas y hormigas, que devoran insectos, es verdad, pero que en otros conceptos son per-

judiciales á los jardines, ellas hacen muchísimo en favor nuestro, sin pedirnos, en cambio, sino que las dejemos en paz.

Sí, todo eso estará muy bien, podrá decirsenos; pero ¿qué tienen de interesante las arañas para que nos ocupemos en criarlas? ¿Cuál es su gracia? ¿Cómo se las guarda? ¿De qué modo se las alimenta? En resumen, ¿qué es lo que hay que aprender con respecto á ellas?

Pues bien: principiaremos por decir que muchas especies de arañas no se pueden tener en cautividad.

Las de los jardines, por ejemplo, debido á la naturaleza de su tela, no soportan bien el encierro; se las puede estudiar mejor en libertad. Como rara vez cambian de residencia, muchas observaciones interesantes y curiosas recompensarán el poco de atención inteligente y de paciencia que les dediquemos. La araña saltadora, también por su naturaleza vagabunda, no se aviene á verse aprisionada; nunca será acertado ni caritativo el estudiar las costumbres de cualquier ser animado poniéndolo en condiciones de existencia enteramente opuestas á aquellas que le son naturales.

Tal vez por esa misma razón la hembra de la araña casera, *Tegenaria atrica*, es la más á propósito para tenerla, digámoslo así, á mano, puesto que por lo general se pasa toda la vida en un mismo lugar, y por consiguiente, no la molesta tanto el encierro como á las de otras es-

pecies de instintos más aventureros. El presunto esposo de las señoras de quienes hablamos, no tiene, sin embargo, esa afición á estarse en casa, pues no es otro que ese señor peludo y de patas largas que con tanta frecuencia asusta á las buenas gentes hasta hacerlas perder casi el sentido, apareciéndose inopinadamente, con terrorífico aspecto, en los dormitorios y demás habitaciones durante el otoño.

Asombrosas son en verdad las descripciones que generalmente se hacen de lo grandes que son esas pobres víctimas de la ignorancia y de los prejuicios; de la ignorancia, porque la araña más grande que en mi vida he podido ver, si se la hubiera mirado bien antes de matarla, se habría visto que tenía un cuerpo muy pequeño en comparación de sus largas patas; y de los prejuicios, porque ese macho, pensando sólo en sus amores, era del todo inocente de las aviesas intenciones que se le supusieron y por cuya imputación perdió la vida.

Así la ignorancia como los prejuicios desaparecerán muy pronto si por abril ó mayo se coge una araña hembra completamente desarrollada y se la mete, á falta de otra cosa mejor, en un tarro de cristal de cabida de tres libras de dulce. Probablemente habrá antes que hacerla salir de algún agujero obscuro, empresa que nada tiene de difícil. Si se urge un poco la tela con una ramita ó cosa semejante, casi siempre sale velozmente y hace presa en ella; colocando el tarro debajo de la tela y con ayuda de una cuchara, se la obliga á entrar en él.

Una vez dentro ya no puede salir, porque tiene de tal modo conformadas las patas, que le es imposible subir por una superficie lisa; no hay, pues, necesidad de tapar el recipiente. Si se coloca en él, en la posición que indica el

grabado n.º 4, un palito delgado, pronto comenzará á construir, alrededor del fondo del frasco, una hermosa galería, y gradualmente desde esa galería á lo largo de las paredes y cruzando de un lado á otro el tarro, irá tendiendo sus redes hasta que todo el interior quede lleno de sedosas hebras. Entonces, por extraño que parezca, aunque esos hilos lleguen hasta lo alto y parte de la tela ocupe la boca, no hay necesidad de tapar el tarro, pues la araña no tratará de escaparse.

¿Por qué había de procurar hacerlo? Si le dan de comer con regularidad, disfrutará de una existencia á que no estaba acostumbrada en su estado natural, porque la araña, tal como suena, nunca sabe cuándo comerá, y á veces pasa días, no horas, sin poder desayunarse. Tampoco el encierro le sirve de molestia, porque, como ya hemos dicho, cuando la cautiva estaba en libertad, no tan sólo ocupaba una vivienda pequeña, sino que nunca mudaba de casa.

Si se observa á la prisionera con atención, se verá que hacia mediados de mayo comienza á tejer una sábana de seda, blanca como la nieve; sobre ella, con infinita paciencia, tejerá un capullo y dentro de él pondrá sus huevos; no se ve en la Naturaleza nada más curioso que esa construcción. Terminado el capullo, se nota un cambio grande en el modo de ser de la araña; en vez de vagar como hasta entonces por toda la tela á su capricho, permanecerá junto al capullo; irá añadiendo otros á intervalos próximamente de una semana, hasta completar el número de cinco ó seis.

Cuando ya están todos concluidos, adopta un proceder muy extraño, pues al modo que los indios acostumbraban colgar las cabelleras de sus infortunadas víctimas alrededor de sus chozas ó wigwanes, así también la araña reúne las cabezas, patas y alas de las moscas que ha comido y las coloca y asegura sobre los capullos para ocultarlos todo lo posible. Muy sagrados son para ella aquellos depósitos de huevos,

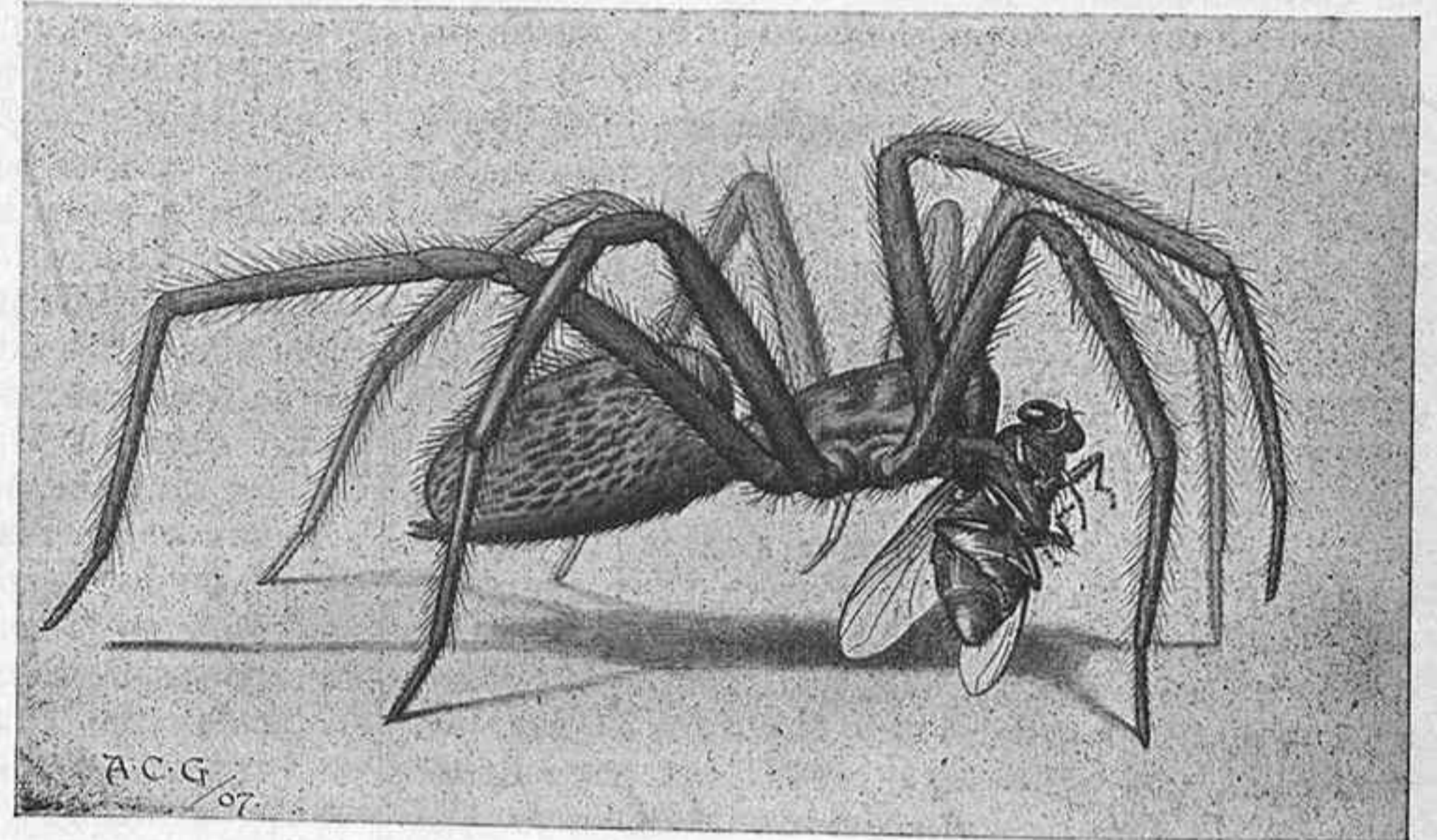


Fig. 3. - La araña paseando á la mosca antes de comérsela

pues ni siquiera cuando come los abandona, sino que trae y devora junto á ellos las moscas que va atrayendo.

Al cabo de dos ó tres semanas, los huevos de los capullos llegan al término de su incubación y salen á luz unos cincuenta pequeñuelos. Vienen al mundo en forma de arañas y no sufren metamorfosis, como otros insectos. A medida que crecen, la piel se les va quedando estrecha, y antes de llegar al total crecimiento, la cambian varias veces. Esto es siempre un procedimiento cansado y debilitante, así es que, después de terminado, la araña se encuentra completamente sin fuerzas durante algún tiempo.

Tiene eso, sin embargo, sus compensaciones, pues si antes de cambiar la piel, bien de resultados de un combate ó por cualquier otro accidente, hubiera perdido la araña alguno de sus miembros, es cosa que debe importarla poco, porque al dejar la vieja se encuentra, junto con la nueva, otro miembro que substituye al perdido; arreglo tan conveniente y equitativo que ya nos daríamos por contentos que á nosotros nos sucediera otro tanto.

Todo eso está muy bien, señor mío, me dirá tal vez algún lector; pero ¿qué se hacen todas esas arañas?

Pregunta es esta á la que no es fácil contestar. Durante algunos días viven con su madre en la más completa armonía, á juzgar por las apariencias; pero

cuando menos se piensa, se echa de ver que todas han desaparecido y que sólo conjeturas pueden hacerse respecto á su paradero. Algunas, pocas quizás, se han escapado y han ido á probar fortuna por el mundo. Muchas de las otras han servido probablemente de pasto á los individuos más fuertes de la familia, porque es sensible tener que hacer constar que las arañas, como tribu, son de los caníbales más sanguinarios que se conocen.

Ahora viene á colación la pregunta ¿cómo se alimenta á la araña madre?

Pues muy fácilmente, y como siempre sucede, el sistema más sencillo es el que mejores resultados da. Desgraciadamente no come sino seres vivos, á no ser en casos muy excepcionales. Una vez al día, con lo que hay suficiente, ha de cogerse el tarro y buscar luego una mosca que esté en sitio á propósito, y cuando ya se la ha encontrado, se acerca uno con cautela y con mucho cuidado se la cubre con la boca de aquél. Si esto se hace suficientemente despacio, de modo que no se produzca ninguna vibración en la atmósfera, la víctima rara vez se escapa; por lo común se precipita volando al interior del tarro. Colocando luego con presteza un pedazo de cartón sobre la boca y dejándolo unos minutos, se proporciona á la araña la ocasión de llevar á cabo todo lo que aún le falta que hacer.

Este es el momento en que el observador debe redoblar su atención para poder darse cuenta de muchos hechos sorprendentes y en extremo interesantes.

Tal vez lo primero que llama la atención es que en vez de enrollar con sus hilos á la mosca, como hace la araña de los jardines, la coge con sus venenosos colmillos y la lleva de un lado á otro, como un gato á un ratón, y la mantiene en esa posición hasta que ha terminado de comer. Luego se verá que, si es de costumbres aseadas, lleva los restos de la mosca á un sitio determinado de su tela destinado á ello, á un verdadero basurero; más tarde, como ya hemos dicho, los reúne para cubrir con ellos sus capullos. Si, por el contrario, es sucia y abandonada, deja la cabeza, patas y alas diseminadas por la tela, hasta el momento en que las necesita.

Otros hechos insignificantes, pero característicos, podrán también observarse. Por ejemplo, la araña del grabado n.º 4 resultó ser muy torpe, porque después de construir la galería de hilos de seda, se olvidó de dejar una abertura para poder salir á buscar su alimento, y hasta que con unas tijeras se le hizo una, no pudo dejar la prisión que ella misma se había fabricado; luego practicó un túnel á todo lo largo del tarro.

En realidad, el resultado más interesante de estos ligeros estudios es la convicción que se adquiere de que existen grandes diferencias entre los individuos



Fig. 4. - La araña tejiendo su tela dentro del tarro de cristal

de una misma especie de arañas; muchas son las sorpresas que en ese y otros particulares le están reservadas al que tenga la paciencia de continuarlos. Una de las mayores será ver que la mosca, en lugar de manifestar gran temor de la araña, como generalmente se cree, obra como si no le tuviera ninguno, porque si, como á veces acontece, la última está dormida ó no tiene hambre, la mosca anda muy tranquilamente por la galería del fondo del tarro y hasta trata de escurrirse por entre las patas de la araña y de subirse encima, de tal modo, que no puede uno menos de pensar si será que la mosca no ve á la araña. Observaciones concienzudamente hechas parecen indicar que no la ve.

Sin embargo, si, al parecer, la mosca no distingue á su enemiga, muy pronto se hace evidente que ésta á su vez no puede localizar con la vista á su víctima, porque estando á menos de una pulgada de distancia no tratará de cogerla si ésta permanece enteramente inmóvil. Pero al más ligero movimiento que

haga la mosca vibrarán los hilos de la tela, dando así noticia exacta de su posición á la araña, lo cual suele traer fatales consecuencias.

Esta cortedad de vista es peculiar á todas las arañas tejedoras, porque se ha comprobado que en ningún caso probablemente ven más allá de sus patas, cosa que debe tenerse presente cuando los niños gritan asustados por haber visto en el techo una araña descomunal, puesto que si se les hace entender que la causa de su alarma ignora por completo su presencia, pronto cesará su temor y se habituarán á mirarla con curiosidad; el hacer perder á la niñez uno de sus temores, es en verdad un resultado que no debe desdeñarse.

El no ver la araña más allá de una distancia en extremo corta, es una circunstancia muy favorable para poderla estudiar en cautividad. Todos los animales salvajes cambian de hábitos cuando se les encierra. El hecho, pues, de ser las condiciones en que está en cautividad la araña casi idénticas á las que la rodean cuando libre y de que ignora que la están observando, hacen que obre enteramente como en su estado natural, dándonos por lo tanto ocasión de conocer con toda exactitud la vida doméstica de esas antiguas conocidas nuestras.

Tal vez á muchos les causará sorpresa el que se les diga que á las arañas que se tienen cautivas no sólo hay que darlas de comer, sino también de beber. Pueden ayunar durante un período bastante largo sin que, al parecer, su salud se resienta; pero no sobreviven mucho á la falta de agua. Es muy sencillo el satisfacer esa necesidad, porque echando con una cucharilla un poco de agua sobre la tela cada dos ó tres días, se verá á la araña correr por uno de los hilos y husmeando las apetecidas gotas, se las beberá muy pronto, adoptando para ello una actitud muy graciosa, como si estuviese arrodillada.

Como las arañas de esta especie viven de dos á tres años, se presenta naturalmente la cuestión de cómo se las ha de alimentar durante el invierno, puesto que entonces, como es consiguiente, no se puede conseguir su alimentación natural. No hay que apurarse por semejante cosa, porque si no le falta el agua, vivirán, como cuando están en libertad, varios meses sin probar bocado. Cuando se escribió este artículo, la araña representada en el grabado n.º 1 hacía cinco meses que no comía nada y durante ese período, de noviembre á abril, estuvo metida en un tarro del que hubiera podido salir si hubiese querido.

Otras muchas cosas notables podrían decirse respecto á las arañas relacionadas con estos experimentos, pero su enumeración privaría á alguno de dedicarse también á ellas, puesto que les quitaría uno de sus atractivos: la novedad.—ENRIQUE HILL.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUBE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.



PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Pildoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Pama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrían y C.ª, Puerta Ferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
★
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

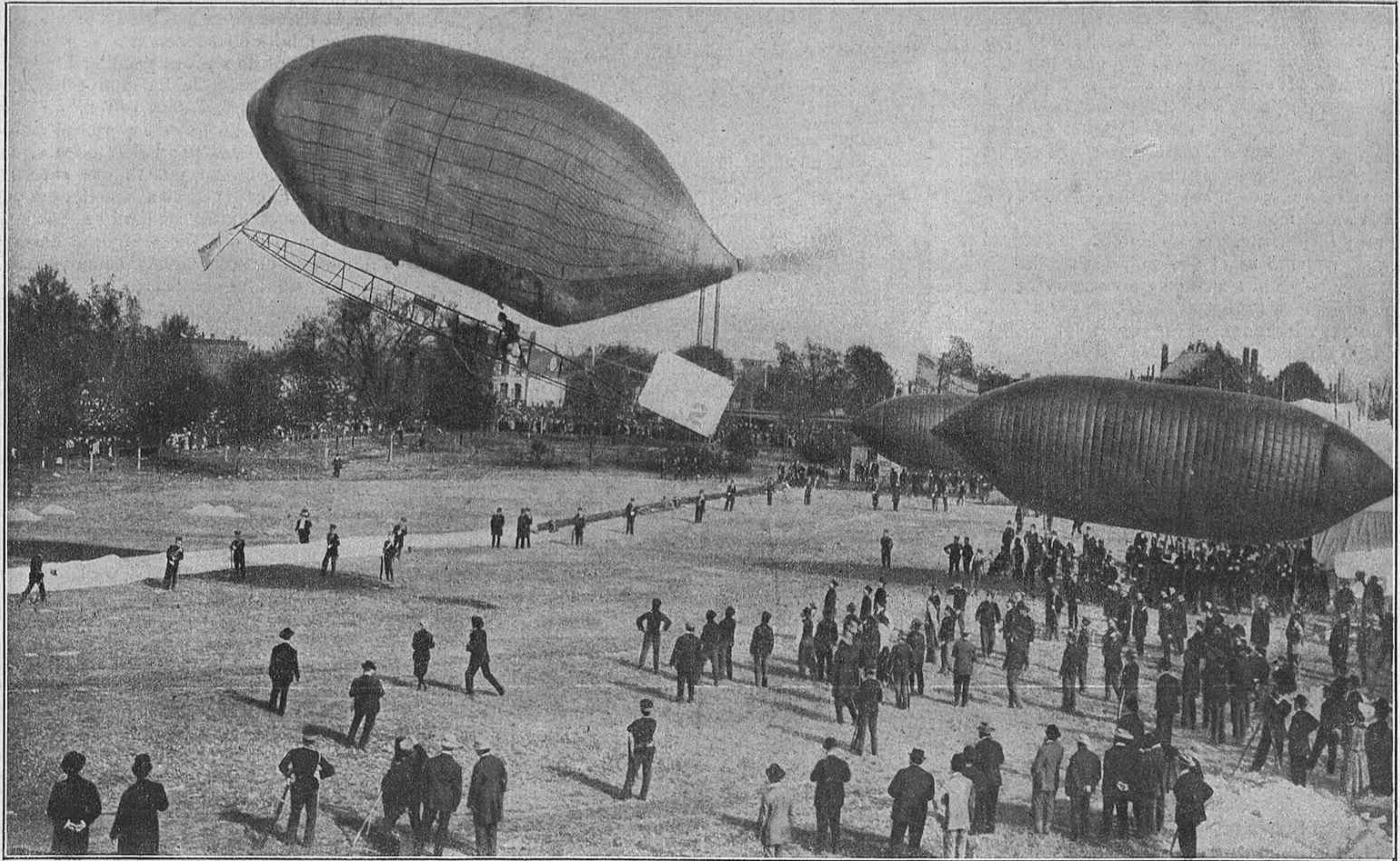
Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



San Luis (Estados Unidos).—Primera carrera de globos dirigibles. (De fotografía.)

El problema de la dirección de los globos es objeto de universal preocupación, realizándose de día en día nuevos progresos en esta esfera de la actividad humana. Santos-Dumont en Francia y el conde Zeppelin en Alemania son seguramente los que en la actualidad han llegado más cerca de la solución tan deseada y por tanto tiempo considerada como imposible.

Los Estados Unidos no quieren quedar rezagados y procuran por todos los medios estimular el ingenio de los inventores; á este efecto últimamente se ha celebrado en San Luis una carrera, permítanos la palabra, de globos dirigibles que se efectuó

inmediatamente después de haberse terminado el concurso de globos esféricos que se disputó la copa Gordón-Bennet. En aquella carrera tomaron parte tres aeróstatos que debían recorrer un trayecto de ida y vuelta de tres kilómetros, habiendo salido vencedor el aeronauta Lincoln Beachy, de Toledo (Ohio), que hizo el recorrido en un cuarto de hora. Aunque el resultado no es una gran victoria dentro de la solución general del problema, pues los citados Santos-Dumont y conde Zeppelin han hecho muchísimo más, los norteamericanos están satisfechísimos de haber sido los primeros en organizar esa prueba de competencia.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉQUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

Paris

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.